CUADERNOS
DE LA
UNIVERSIDAD DEL AIRE
DEL CIRCUITO CMQ



QUINTO CURSO
(OCTUBRE 1950 - DICIEMBRE 1951)

LA HUELLA DE LOS SIGLOS

●

Talleres de
EDITORIAL LEX
LA HABANA

Diciembre, 1950

20 cts.

UNIVERSIDAD DEL AIRE

DIRECTOR: DR. JORGE MAÑACH

EXTRACTO DEL REGLAMENTO DE LA UNIVERSIDAD DEL AIRE:

"La Universidad del Aire es una institución de difusión cultural por medio del radio. Está, por tanto, sujeta a las condiciones de acción que le imponen la índole de ese propósito y el medio trasmisor de que se vale".

. . . .

"El objeto de las disertaciones de la Universidad del Aire es principalmente despertar un interés en los temas de la cultura. Por consiguiente, no aspiran a impartir conocimientos detallados o profundos, sino más bien nociones introductoras y generales que abran una vía inicial a la curiosidad de los oyentes. Como el grado de cultura de éstos tiene que presumirse muy diverso, se procurará prescindir en las disertaciones de todo lo que suponga una considerable formación previa, así como de tecnicismos y pormenorizaciones que fatiguen la atención. Los trabajos deberán ser redactados con toda la llaneza de estilo y amenidad de contenido que el tema permita, procurándose sintetizar y dramatizar lo más posible la exposición, y cuidando más en todo momento de la comprensión de los oyentes que del propio lucimiento".

VI

Nantilde León

El canto y la tragedia griega

DESDE los tiempos más remotos la poesía y la música aparecen estrechamente vinculadas en Grecia... "Canta (αειδε) Musa la cólera de Aquiles", nos dice el primer verso de la Iliada, pero el mandato de Homero sólo se cumplió en parte porque cuando la Musa tomó cuerpo en el rápsoda, éste no cantó las hazañas de los héroes homéricos sino que las narró, acompañándose de la lira. Lo mismo hicieron los poetas elegíacos y yámbicos posteriores, que recitaron sus poemas con acompañamiento de varios instrumentos. En estos casos la música era un elemento accesorio que podía suprimirse —y sabemos que así se hizo en muchas ocasiones— sin que el poema perdiera belleza. Por esto, fieles al tema que se nos ha asignado la excluímos de nuestra charla de hoy para cederle el lugar a la poesía esencialmente musical o cantada que los griegos llamaron mélica. El nombre de lírica no aparecerá hasta mucho después, al fijar los alejandrinos el canon de los nueve líricos griegos y considerar sólo como tales, a los poetas que se acompañaban de la lira. La palabra tuvo pues, en su origen, una acepción muy distinta a la que le damos actualmente.

Según cantara una sola voz o un coro la poesía mélica se llamó monódica o coral. Ambas formas tienen distintos orígenes y aparecen diferenciadas en estilo y carácter. La monódica surge a fines del siglo VII en las costas e islas del Asia Menor, princi-

palmente, en Lesbos, donde el individualismo de la edad heroica sobrevivía en una sociedad que respetaba las personalidades y que segura de sus valores, e interesada en sus propios problemas, se había hecho ya la angustiosa pregunta sobre lo que era el hombre.

Los poetas dieron la respuesta imprimiendo a su poesía un carácter personal. Al son del bárbitos, del magadís y del pectis, variedades de la lira, cantaron sus alegrías y penas, sus amores y odios y hasta se atrevieron a expresar opiniones sobre los problemas sociales del momento. Tres fueron los poetas monódicos notables: Alceo, Safo y Anacreonte y tres los temas de sus canciones: la política, el amor y el vino, pero si examinamos los fragmentos de esta poesía, veremos que el leit motiv fué siempre el propio yo del poeta. Así, cuando Alceo nos habla de política no pretende, como el elegíaco Solón, dictar normas universales e imperativas ni tampoco conjurar con prudentes exhortaciones los conflictos del momento, sólo se propone expresar su pasión personal y partidista, su odio de aristócrata por el creciente poder de las clases mercantiles. Tampoco guía a Safo otro propósito que el de exteriorizar bellamente su pasión amorosa cuando nos da acceso al mundo de su más recóndita intimidad, para contarnos sin rubores ni reservas lo que muy pocos se han atrevido a expresar después de ella.

Frente a la monódica surge la poesía coral en tierras dóricas, donde por ser el individuo mucho menos importante que su clan o que su ciudad, el poeta se vió obligado a ocultar su personalidad, a callar su voz, para dejar oír otra más interesante a la sociedad en que vivía: la voz de la comunidad. Es el lirismo coral hijo de la polis griega y expresión del alma colectiva del pueblo. Es la vida religiosa y profana de la ciudad la que dará a esta poesía, con la ocasión de manifestarse, los temas de sus composiciones: Procesiones religiosas, concursos de todas clases, fiestas en honor de los vencedores en los juegos agonísticos nacionales, invitarán al poeta a cantar, tanto las viejas leyendas objeto de culto público, como las glorias presentes de la patria. A esta multiplicidad de temas corresponde una gran variedad de formas, entre otras el ditirambo, al que habremos de referirnos cuando estudiemos el

origen de la tragedia, y la oda coral, considerada como la obra maestra del género y cultivada por los tres grandes poetas: Simónides, Baquílides y Píndaro.

La mayor parte de las odas corales que han llegado a nosotros son epinicios o himnos triunfales en honor de los vencedores en los juegos atléticos, olímpicos, ístmicos, píticos y nemeos. Se cantaban no en el lugar de la victoria, sino cuando el triunfador regresaba a su patria, bien durante la marcha del cortejo en el momento en que se dirigía al templo a depositar la corona que había conquistado, o bien, y esto era lo más frecuente, durante el banquete público o privado que le ofrecían su ciudad o sus amigos. En la estructura de los epinicios se destaca el mito que es a la oda lo que la escultura al templo porque ilustra sobre la ceremonia describiendo algún episodio de la vida del dios o héroe en honor del cual se celebra el festival. Relacionadas con el mito, están las reflexiones morales o juicios sobre el deber y destino del hombre, que el poeta se ve obligado a hacer en su calidad de servidor de los dioses. Finalmente aparecen las referencias u observaciones personales; recuérdese que el poeta compone para que otros canten y que es su yo oficial, y no su yo individual, el que habla. La oda terminaba generalmente con una sentencia que recordaba al homenajeado del día la brevedad de la vida y la nada del mañana. Pero el éxito de las odas corales no se debió a este contenido poético ni a la perfección de su verso, sino a su brillante ejecución con auxilio de la música y la danza. Cierto que se cantaron al unísono porque los griegos no conocieron la armonía coral en el sentido moderno del término, pero esta uniformidad no disminuía el interés, porque en cambio, permitía al público percibir las palabras con toda claridad y no perder el tema poético, como sucede hoy, cuando distintas partes del coro cantan simultáneamente diferentes versos. Para evitar la monotonía de un coro inmóvil, se utilizó la danza, cuya función, según Platón, era acompañar lo cantado con movimientos explicativos del cuerpo y según Aristóteles, ilustrar la poesía con movimientos rítmicos. Nos imaginamos que la música de la flauta, de la lira, y de los instrumentos de percusión, que se emplearon en el acompañamiento de la oda, ritmaron a un mismo tiempo la mesura

de los movimientos de la danza y la mesura de los versos del canto, dándole así colorido y vida. Música, poesía y danza se unieron pues, en un todo armonioso cuya alma fué el ritmo, pero como la danza y las partituras musicales se han perdido y sólo conservamos la poesía, no nos podemos representar cabalmente todo lo que fueron estas odas majestuosas y solemnes.

El canto monódico, con su énfasis en las emociones personales, desaparece cuando el ciudadano de la época de Pericles se coloca por encima del individuo y parece olvidar que lo más grande que posee un hombre es su propio yo; la oda coral vive mucho más tiempo y pasa a la tragedia cuyo germen se encuentra, como ya se indicó, en otra de las variedades de la lírica coral. En efecto, nace del ditirambo, uno de los cantos corales danzados que se entonaban en honor de Dionisios, divinidad antropomórfica que encarnaba la energía y el ritmo de la vida como se manifiesta en la vegetación, a través de las estaciones. Pero pronto el ditirambo celebró, no sólo el pathos de Dionisios, esto es, su nacimiento, pasión, muerte y resurrección, sino también las aventuras patéticas de otros dioses y héroes. Finalmente, Tespis, el padre de la tragedia, tuvo la idea de que el corifeo, o jefe del coro, personificara al héroe o al dios, convirtiéndolo en un actor cuya misión era responder al coro con versos recitados, previamente escritos. Así el diálogo, es decir, lo que estaba llamado a ser el drama, acababa de hacer su aparición. Desde entonces se inician los progresos en este sentido: la parte del coro disminuye y el papel del diálogo aumenta. La tragedia, puramente lírica en sus comienzos, tiende a serlo cada vez menos, pero no podemos perder de vista su origen si queremos explicarnos la presencia persistente del coro y su carácter religioso; recuérdese que el ditirambo se había creado para honrar a un dios y que era parte de su culto. Prueban la raíz religiosa de la tragedia el hecho de que las representaciones dramáticas del siglo V organizadas por el Estado, previo concurso entre varios rivales, se efectuaran en primavera durante las grandes fiestas dionisíacas como parte integrante de un elaborado culto religioso; que el teatro de Dionisios se construyera en el recinto sagrado del dios como dependencia del templo de Dionisios Eleutheros, y que el altar que se

levantó en el centro de la orchestra, superficie circular del teatro destinada al coro, estuviera también consagrada al dios. Su origen sagrado explica asimismo, por qué la tragedia fué en su esencia más íntima, seria, solemne y poética y por qué se ocupó de problemas religiosos fundamentales como la naturaleza de los dioses y las relaciones entre lo humano y lo divino.

Intimamente relacionado con lo religioso está lo tradicional. Los atenienses de los tiempos de Temístocles y Pericles, grandes innovadores de la política, se mostraron muy conservadores en sus costumbres que defendieron celosamente, y exigieron al poeta que el substrato de la tragedia fuera el mito o la saga heroica. De aquí que el público conociera los asuntos, pero para éste, lo importante no era lo que iba a suceder, que ya lo sabía, sino cómo crearía el poeta con un material conocido, una nueva obra de arte. Los grandes trágicos vencieron esta dificultad enfocando los asuntos a la luz de sus propias convicciones ideológicas y artísticas, como puede observarse en las Coéforas de Esquilo y en la Electra de Sófocles y de Eurípides, tres tragedias distintas sobre un mismo asunto. Los temas nacionales o contemporáneos, sólo se presentaron muy excepcionalmente en momentos de gran tensión y exaltación política. Esquilo celebra en Los Persas el triunfo de Salamina, pero su ejemplo no es imitado. No se crea por ello que el poeta y el público eran insensibles a las ideas de su tiempo y a los problemas inmediatos de sus conciudadanos; podemos demostrar que aunque el asunto de la tragedia se relacionara con el pasado más remoto, ésta era vehículo del pensamiento del poeta y tenía, además de su valor estético, evidente desde los primeros versos, un sentido político, social y filosófico. Esto se cumple hasta en Esquilo, el menos profano de los trágicos y así lo vemos, cuando defiende los tribunales de justicia de la Atenas de su tiempo al final de una obra de asunto mitológico como Las Euménides; cuando nos presenta en el Zeus del Prometeo Encadenado, la figura de un tirano, tal como lo concibe la época de Harmodio y Aristogitón, y cuando encarna en Pelasgos, el legendario rey de Las Suplicantes, al hombre de estado contemporáneo cuyas acciones se hayan determinadas por la asamblea del pueblo.

Aunque el público conocía el asunto de las tragedias, éstas comenzaban casi siempre con un prólogo donde el poeta exponía la situación dramática. A éste sucedía el párodos o entrada del coro. Los coreutas en número de doce a quince, salvo en Las Suplicantes que llegaron a cincuenta, entraban en la orchestra cantando, bailando y ajustando el ritmo del movimiento y del gesto a la gravedad e importancia de las palabras. Al párodos seguía el primer episodio equivalente a una escena o a un acto de nuestro tiempo. El número de episodios era generalmente de cuatro a cinco y entre unos y otros, se intercalaban las estásimas o interludios líricos. El último episodio se llamaba éxodo. Al final de éste, el coro, que había permanecido durante toda la tragedia en la orchestra, salía de ella en presencia de los espectadores. Por lo que se ha dicho se ve que existieron en la tragedia, tres partes recitadas o dialogadas, prólogo, episodios y éxodo, y dos partes cantadas, párodos y estásimas. Las primeras se escriben en dialecto ático por ser el Atica la cuna de la tragedia y las segundas en dórico, por ser éste, el dialecto de la lírica coral.

El coro es el eje de la tragedia. Durante las estásimas moraliza sobre los acontecimientos que se presentan en los episodios y cuando está callado sigue con interés todo lo que ocurre en el proskenión o logeion, plataforma de nivel más alto donde se desarrolla gran parte de la acción dramática. Con frecuencia manifiesta su simpatía hacia determinados caracteres con gestos y escenas mudas, y otras veces, representa miméticamente en la orchestra, los acontecimientos descritos por los actores en sus largos parlamentos. Esta objetivación constituye para muchos, la raíz de la fuerza educadora de la tragedia. La danza ejecutada por el coro, una de las dos admitidas por Platón en su República Ideal, se llamó enmeleia. Grave, majestuosa y altamente estilizada, era lenta en sus movimientos y estaba más cerca del caminar habitual que de la danza moderna. En cuanto a la música, lo mismo que la de la oda coral, fué más melódica que armónica y estuvo siempre subordinada a la palabra.

Casi todo lo que sabemos de la tragedia lo debemos a Esquilo, Sófocles y Eurípides, los tres trágicos que Grecia reverenció. No podemos estudiar las características del teatro de cada uno de

ellos ni referirnos a las innovaciones técnicas que aportaron, pero tampoco podemos terminar esta breve reseña, sin destacar en qué forma contribuyeron a engrandecer la tragedia.

Esquilo se interesa en la religión y la teología. Sus personajes, dioses, héroes y superhombres se vaciaron en moldes titánicos. Tres ideas religiosas informan su teatro, la del destino, fatalidad, necesidad o ananke, que somete la vida a los designios superiores o divinos; la de la némesis o celo de los dioses, ante la dicha de los mortales y como consecuencia de ésta, la de la herencia del crimen o de la culpa, porque los dioses persiguen a los que les provocan la némesis, en su persona y en las de sus descendientes. De aquí que su forma artística por excelencia fuera la trilogía ligada o sucesión de tres tragedias porque era ésta la única manera de abrazar en una acción dramática el curso de un destino que se extiende hasta los descendientes. Pero la fatalidad no empequeñece a los personajes de Esquilo, los pondrá en situaciones desesperadas, pero sabrán mantenerse heroicos hasta el fin, ya sea con la paciencia de un Prometeo atado a una roca o con la resignación de una Casandra esperando la muerte. Su poesía es majestuosa y si aceptamos con Aristóteles que la función de la tragedia es la catarsis, purga o purificación de las pasiones por la piedad y el miedo, su Orestiada es la obra maestra del teatro griego.

Sófocles más equilibrado y ático expresa en sus versos el viejo tema del "medén agan" (Μηδεν αγαυ) o nada en exceso. Con él, la tragedia desciende del cielo a la tierra porque los dioses no aparecen en ella sino muy excepcionalmente. Pinta caracteres de hombres y mujeres idealizados, que como las esculturas del Partenón, se inspiraron en la Naturaleza aunque ésta no nos lo presente nunca con tan acabada perfección. El mismo nos dice que pintó los hombres como debían ser. La idea de la fatalidad aparece también en su teatro, pero opone a ella, la de la voluntad humana que quiere encontrar su propia libertad moral. No utilizó la trilogía ligada, sino que hizo de cada tragedia un todo en sí misma, presentándonos siempre el climax de un conflicto, como el planteado en Antigona, entre la ley del estado y los deberes y derechos de familia.

Eurípides estudió los problemas humanos desde un nivel humano. De aquí que Sófocles dijera que pintó los hombres como son. Fué un realista que reinterpretó las viejas leyendas, esto es, que las trató como si fueran asuntos de la vida contemporánea presentando a los caracteres mitológicos y heroicos con las mismas pasiones de los hombres y mujeres que tenía a su alrededor. Valga de ejemplo el famoso soliloquio de Medea sobre la desesperada situación de una mujer traicionada por su marido.

La tragedia esencialmente ática, fué durante ochenta años lo más sobresaliente que produjo el genio griego en la literatura. Supo ser a un mismo tiempo, epopeya y lirismo, teología y moral, enseñó leyenda, historia, filosofía y política, pero sobre todo, enseñó lo que la hará eterna: el profundo conocimiento del alma humana. Los atenienses reconocieron en ella el arte que más hondamente entraba en su conciencia común y que más les ayudaba a entender su unidad espiritual. La síntesis artística de la música, la poesía y la danza ha llevado a compararla con el drama lírico wagneriano, pero por muchas similitudes que existan entre una y otro —muy discutibles en el fondo— el objetivo fué esencialmente distinto: Wagner sometió las artes al triunfo de la música, la tragedia las utilizó para la victoria suprema de la poesía.

DISCUSION

DR. MAÑACH: Olvidé decirles que ya no será necesario formular las preguntas por escrito. Pueden hacerse oralmente, como antes. Tendremos así otra vez el gusto de oír voces distintas, de las cuales estábamos un poco nostálgicos. Vamos a ver, ¿desea alguien interrogar a la doctora León?

SR. BENIGNO PAZOS: Me hace el favor, doctora, ¿en aquella época existían, como hoy, críticos teatrales?

DRA. LEON: Bueno, no en este preciso momento en que se desarrollaba la tragedia. Los críticos aparecieron después. Entre ellos, uno muy severo, que fué precisamente Aristóteles; en **El arte poética,** o en **La poética** de Aristóteles, él hace una crítica del teatro de Esquilo, de Sófocles y de Eurípides. De modo que la crítica no fué contemporánea al desarrollo de la tragedia, sino posterior. Pero no crea usted que por eso dejó de ser menos severa.

SR. ROBERTO SIMON: Doctora, usted al hablar del ditirambo, alude al dios Dionisios. Yo había leído y tenía entendido que el ditirambo más que nada cantaba al dios Baco. ¿Usted me quiere aclarar esa situación?

DRA. LEON: Bueno, es el mismo. Dionisios y Baco son una misma deidad, sólo que Dionisios cesa en la mitología griega y Baco en la mitología latina, pero es el mismo dios.

DR. LUIS BERENGUER: ¿Cómo se concilia la idea de que después de esta existencia no existe nada, con el culto a los dioses y la idea de la teología, de que usted ha hablado que los griegos fomentaban?

DRA. LEON: Bueno, no quiere decir que ellos no tuvieran una idea de un más allá. Recuerdo perfectamente que en su conferencia del domingo pasado, el doctor Mañach, cuando hablaba de Platón ¿no es así, doctor?, nos hablaba de que ya Platón se hacía la pregunta de un más allá. Por lo menos, vislumbraba algo de éso. Precisamente, los trágicos griegos utilizaron la teología, es decir, como sustrato de la tragedia el mito, porque ellos tuvieron un concepto antropomórfico de la vida, de la religión, y para ellos los dioses eran personas con las mismas pasiones y con las mismas debilidades que los mortales. Era tanta su devoción por la religión y sobre todo por el mito, que para ellos fué el sustrato de la historia. No pensaban que podía hablarse de otra cosa, ni en su tragedia, ni en sus comedias; ya cuando Aristófanes hace su primera comedia es una innovación muy grande el que aparezcan personajes que no estén relacionados con el mito, sino que sean personajes de la época, personajes contemporáneos. De modo que, precisamente, ese gran respeto que tuvieron los griegos por sus dioses es lo que los hace aparecer en sus tragedias.

DR. BEGUEZ CESAR: Dígame, doctora, el prólogo a que usted ha hecho referencia en la tragedia ¿es una innovación, es una cosa nueva?

.**DRA. LEON:** El prólogo verdaderamente aparece en Sófocles, aunque él no lo llame así, "prólogo", como luego lo va a llamar Eurípides. De modo que tal parece como si figurara por primera vez en la tragedia con Eurípides. Yo no sé si usted habrá leído alguna tragedia de Sófocles. Sófocles comienza siempre sus tragedias, sin llamarle prólogo, haciendo una relación de los acontecimientos que se van a desarrollar en él. De modo que implícitamente tenemos el prólogo en Sófocles, pero con ese nombre sólo se da en Eurípides. Y aún Esquilo nos dice algo siempre al comienzo de sus tragedias respecto al asunto de que va a tratar.

Luis de Soto y Segarra

Los adoradores de la forma

HABLAR de la antigua Grecia es evocar su arte, porque éste fué, entre todas sus manifestaciones, la que expresó mejor su contextura espiritual como pueblo, habiendo quedado —magnífica herencia de los griegos al mundo— como uno de los hitos en el progreso de la humanidad.

Si el arte ha sido y es el índice más veraz y elocuente de cada etapa de la civilización, en el caso de Grecia logró esto y aún más, ya que la producción helénica estableció uno de los polos del eje en torno al cual ha girado el mundo artístico a través del espacio y del tiempo, señalando una de las actitudes extremas en el proceso de su desarrollo histórico. El otro polo está en el estilo gótico del siglo XIII.

Grecia dió al arte un módulo que fué expresión de su manera de ser, de sentir y de pensar, de su vida y de su ideología. Ese módulo fué la Forma a cuya perfección rindió el culto apasionado a que alude el título de esta lección.

El Arte es una actividad humana que expresa, en términos plásticos, la reacción de una sensibilidad creadora ante los estímulos (exteriores e internos) del mundo en que se manifiesta. Despojándome de todo tecnicismo académico, trataré de explicar esta definición. El arte es, pues, una actividad del hombre que se realiza en términos constitutivos de su lenguaje propio. Esos términos son: sonidos, en la música, movimientos, en la danza, palabra, acción y gesto en el teatro, espacio, luz, línea, color y forma en las llamadas artes plásticas. A estos últimos aludía mi definición,

pues es a las artes expresadas por medios plásticos que yo he de referirme esta tarde: la arquitectura (arte del espacio, la luz y la forma), la escultura (arte de la forma y la luz), la pintura (arte del color). Valiéndose de esos elementos plásticos, una sensibilidad, el artista, nos expresa su reacción ante su mundo (exterior e interior) dando forma visible a sus sentimientos, ideas, emociones —eso que vulgarmente se llama inspiración— y que, plásticamente realizado por él se convierte, a su vez en estímulo para el espectador de su obra, en quien despierta la emoción o sentimiento estético.

Ahora bien, el arte, las artes plásticas en este caso, ofrecen a nuestra consideración tres aspectos cardinales, base esencial para su estudio y apreciación. Esos aspectos o elementos de la obra de arte son: la **forma,** el **contenido** y el **asunto.**

La forma o apariencia externa resulta de la organización que haya hecho el artista de los elementos o **valores** plásticos, combinando planos, volúmenes, líneas, colores, en la superficie bidimensional de un cuadro o en espacio tridimensional de la escultura o la obra arquitectónica, teniendo siempre en cuenta el otro factor de expresión plástica antes mencionado: la luz.

Esa forma (continente) expresa un **contenido** (idea o sentimiento del artista) que adquiere modalidades específicas en cada individuo, época y país, dando lugar a eso que se llama el **estilo**, en sus tres tipos: **individual, temporal** y **nacional.** Así, cuando hablamos de la manera o modo que caracteriza al arte de Velázquez (contenido de sus lienzos), aludimos a su estilo (estilo personal) que es, en definitiva, su peculiar manera de ver y de expresarse en forma plástica. Y al decir gótico (estilo temporal) nos referimos al **contenido** de las obras artísticas de una época determinada (del siglo XIII al XV), y bajo la denominación "estilo francés" entenderemos el modo característico de ese pueblo para expresarse artísticamente.

Finalmente, el **asunto** es la idea o sentimiento que sirve de tema o materia a la obra de arte. Un mismo asunto, un paisaje pongamos por ejemplo, visto y pintado por diversos artistas, utilizando los mismos elementos plásticos y procedimientos técnicos, nos dará tantas "versiones" diferentes del mismo cuantos sean los

pintores. Lo que en cada caso varía es el contenido que en cada artista ofrece características propias.

En este punto surge una interrogación: ¿cuál es, de estos tres elementos de la obra de arte el de mayor importancia, la forma, el contenido o el asunto? La respuesta lleva implícita una revisión de la Historia del Arte la cual nos dice cómo se han entendido por diversos artistas, en países y épocas diferentes, esos valores del producto artístico. Para muchos el asunto o tema es lo principal en una obra de arte en la que buscan una representación de algo, sirviéndoles como norma de apreciación la mayor o menor fidelidad en la reproducción. En esta categoría están los detractores del arte actual en algunas de cuyas manifestaciones no encuentran esa obvia referencia a un modelo de la naturaleza.

Otros entienden que no es lo que se dice, sino el cómo se dice plásticamente lo que define y avalora la obra artística (cuadro, edificio, estatua) concediendo así al contenido la primacía. Por último hay quienes creen que en el arte lo esencial es la forma, mediante cuyos valores el artista crea un mundo, distinto del natural o que guarda ciertas analogías con éste, pero siempre con su significación intrínseca y su interés propio. Este criterio, el de la preponderancia de la forma, fué el que tuvieron los griegos, y ello nos trae de lleno al objeto de nuestra lección de hoy tras las consideraciones que anteceden, indispensables o convenientes, al menos, para su más clara y cabal comprensión.

De las tres artes plásticas fundamentales, pintura, arquitectura y escultura es esta última —comunmente definida como "arte de la forma", la más genuina expresión artística de Grecia, que fijó cánones aplicables al resto de su producción.

En uno de mis libros escribí, hace ya varios lustros:

"El arte griego revela en sus manifestaciones diversas la idiosincrasia del pueblo que lo produjo y que podemos resumir en estos términos: civilización antropocéntrica y religión antropomórfica, siendo el hombre el eje en torno al cual gira toda la manifestación espiritual helénica. De aquí la importancia que, para la apreciación del arte griego tiene el estudio de su historia general, de su literatura y de su mitología, sistema religioso que sirve de base y explicación a sus expresiones estéticas. La historia

griega nos dice el concepto que de la vida y su disfrute tuvo aquel pueblo y la preponderancia dada a los goces del espíritu; el sistema educativo armónico que, con el culto de la belleza física y la sana emulación creada en concursos artísticos y atléticos, dió como resultado la euritmia. La mitología nos da a conocer un panteón en que los dioses se asemejan en vicios y virtudes a los hombres, que admiran, a su vez, en aquéllos las cualidades constitutivas de sus aspiraciones más caras, en suma, un Olimpio humano y una humanidad olímpica. Además de los ya mencionados, deben considerarse otros factores que dan carácter al arte de los griegos: el elemento étnico, no en el sentido de un tipo de belleza racial, extremo muy discutible, sino como un índice de las cualidades que son en el arte un reflejo de los individuos que lo crearon: claridad, lógica, precisión, gusto estético; el elemento geológico, que explica el carácter esencialmente marmóreo de la arquitectura y de la escultura griegas y, finalmente, los factores externos: cielo, clima y luz que a más de los tipos constructivos usados, nos dan la clave de aquel afán definidor de lógica y precisión en un arte creado para un ambiente diáfano y luminoso que proscribe todo lo indefinido y emocional en aras de una nitidez eminentemente intelectual".

Esas características: lógica, claridad, precisión, sentido definidor son ostensibles —de modo primordial— en su escultura. Los escultores griegos tomaron como asunto los seres inmortales de su Olimpo y los seres mortales de su mundo, todos por igual concebidos en forma humana, idealizada en un tipo de belleza que legó a la posteridad y que ésta ha admirado e imitado como arquetipo clásico de un ideal estético.

El desarrollo histórico de la escultura griega fué, en esencia, la evolución del concepto realista de la forma, un proceso que va, cronológicamente y sin perder sus caracteres básicos, de la forma tectónica de la escultura arcaica o pre-helénica a la forma pictórica del arte helenístico, teniendo su apogeo en el denominado "siglo de oro" en que la forma, helénica por excelencia, representa la perfección formal dentro del módulo humano el sentido netamente "escultórico" de la escultura. Ese período áureo fué el momento en que Policleto establece el "canon" de propor-

ciones de la belleza física, en que la escultura alcanza su máxima expresión en el realismo idealizado de Fidias, el realismo humanizado de Praxiteles, en la vibración anímica que Scopas y Lisipo imprimieron a aquellas formas plásticamente perfectas.

Y esa forma, depurada a través de un proceso secular, quedó como el arquetipo que Grecia legó al arte occidental, que lo recogió reverente volviendo a él en esas etapas del arte calificadas de "retornos" al clasicismo. Tal es el caso del llamado Renacimiento del siglo XVI y del movimiento arqueológico o neo-clasicismo del siglo XVIII.

En la escultura de hoy hallamos nuevamente esa actitud estética que, sin pretendido "retorno" es esencialmente similar a la helénica: arte escultórico que vuelve a colocar en el primer plano los valores formales, a organizar masas equilibradas en cuya sabia organización y no en lo anecdótico del tema radica su interés. Aludo a la tendencia que parte de Arístides Maillol, cuya escultura reedita el ideal helénico de la belleza de la forma misma.

Ese culto de los griegos por lo formal no es privativo de la escultura, sino que se extiende a todas sus expresiones artísticas, y de modo especial a su arquitectura. El arquitecto helénico tuvo de su arte un concepto escultórico y vió en sus edificios —más que una organización utilitaria del espacio— una armoniosa composición plástica a base de volúmenes. De ello es brillante y elocuente ilustración el Templo, su más característico tipo constructivo

El templo griego no era lugar de reunión congregacional, recinto que reunía a los fieles en los actos del culto, sino que tuvo una función más de carácter cívico que religioso, viniendo a ser un bello monumento, orgullo de la ciudad y de eficacia esencialmente política. Así se explica que la preocupación del espacio fuera secundaria y que el arquitecto centrara su atención en la sabia y bella envoltura, es decir, en el aspecto escultórico del edificio. La ornamentación es aquí un valor esencial y hasta la propia estructura y los elementos arquitectónicos que la traducen están tratados con sentido de masas escultóricas.

Arquitectura a base de dinteles o vigas que descansan sobre soportes verticales, dió al artista amplio campo para el desarrollo

de vastas composiciones escultóricas. El dintel de mármol se enriquece con los relieves de frisos, metopas y triglifos y la columna, objeto de cuidado especial, es una obra maestra de proporciones y riqueza de talla, cuando no es substituída —como en el famoso y bien conocido caso del Templo de Erecteo— por estatuas que cumplen la función de sostén. El tímpano, formado por las líneas en ángulo de un techo a dos aguas, es marco para las composiciones de acento heroico, que tuvieron en el Partenón su mejor exponente.

Uno de los aportes más notables de Grecia clásica al arte universal fué el de los "órdenes", y los órdenes, formas diversas de tratar el conjunto estructural de la columna, el entablamento y la cornisa, son esencialmente modalidades decorativas, versiones escultóricas de elementos constructivos. La sobria belleza del orden dórico, la refinada elegancia del jónico, la exuberancia estilizada del corintio —que han servido de patrones estilísticos al arte constructivo universal —son, en definitiva, tres magníficas soluciones escultóricas al problema constructivo del soporte.

Las leyes fundamentales del arte plástico griego: simetría, proporción, equilibrio son módulos comunes a la escultura y a la arquitectura, cuya estricta observancia se traduce en la claridad lógica, la serena armonía y la euritmia perfecta de sus realizaciones.

Una última consideración pone el trazo final en esa fisonomía escultórica que presenta la arquitectura griega: aludo a los llamados "refinamientos ópticos". Las líneas intencionadamente curvas del estilobato, el éntasis que altera la verticalidad de las columnas son recursos eminentemente escultóricos con que el arquitecto griego corrigió los defectos o desviaciones lineales, efectos de la visión que, sin aquéllos hubiera alterado la perfecta horizontalidad y verticalidad de las líneas, base de la lograda composición plástica.

La adoración de la forma no se manifestó exclusivamente en las artes citadas. Junto a la arquitectura y la escultura alcanzó entre los griegos rango principalísimo la Pintura que, aunque en gran parte perdida, podemos apreciar por descripciones de los escritores antiguos y, sobre todo, por la decoración de los vasos

pintados. Esto nos asoma a otro sector, especialmente sugestivo de las artes de Grecia, al de su Cerámica.

El alfarero y el pintor que decoró sus productos lograron entre los griegos realizaciones tan perfectas, de tal valor estético, que hicieron de su arte —arte aplicado y útil humilde en sus orígenes— un ciudadano ilustre de lo que en cierta ocasión llamé la gran "República de las Artes", donde queda abolida esa irritante y falsa clasificación de los productos de arte en "mayores" y "menores", sirviendo de criterio la utilidad de los mismos.

Tal importancia e interés ofrece la Cerámica entre las manitestaciones artísticas de Grecia que algunos, como Sheldon Cheney, le conceden la primacía sobre las demás considerándola como la mejor expresión del genio de los griegos que "marca el punto culminante alcanzado en las artes visuales por su sensibiladad formal".

Sin negar su significación extraordinaria, estética y documental y colocándola junto a sus artes plásticas hermanas, arquitectura, escultura y pintura, yo entiendo, como antes dije, que es la escultura la que traduce de modo más cabal la esencia helénica, llamada por Spengler "alma apolínea" de su cultura. Ello no obstante, los vasos griegos, por su forma y por su ornamentación pictórica, ceñidas a los cánones fundamentales que rigen toda la producción artística de Grecia, constituyen también valiosa y elocuente manifestación de ese culto a la forma característica del pueblo helénico.

Aparte su enorme significación como documentos para conocer la vida y las creencias de aquel pueblo, esos frágiles productos de una artesanía elevada por sus cultivadores griegos al rango de "gran arte", son una prueba fehaciente de lo que para aquéllos significó la forma plásticamente bella. No sólo en los grandes templos guardadores de las efigies de sus dioses y los tesoros públicos, y en las esculturas destinadas a perpetuar la imagen de sus inmortales e inmortalizar a sus hombres, sino aun en los objetos de uso diario y constante exigían su vista refinada y su sensibilidad estética la perfección formal. La Cerámica respondió a esa demanda y la serie de sus vasos, desde el diminuto reci-

piente de perfumes hasta las grandes hydras y cráteras, fueron objetos bellos, cuya belleza artística nos hace olvidar que también llenaron una función utilitaria. Y su belleza está no solamente en su decoración —que recorre la gama espléndida que va desde el primitivo motivo geométrico en la decoración a la verdadera pintura sobre fondo blanco de los lecitos de Atenas— sino en la propia estructura del recipiente, cuyas formas denotan la mano sensitiva de un alfarero artista.

Dije al comienzo que de los tres factores de la obra de arte, asunto, contenido y forma, ésta constituyó la absorbente preocupación de los artistas griegos. Una rápida incursión por los predios colindantes de la escultura y de la arquitectura y el de la pintura cerámica, nos ha traído a las conclusiones siguientes:

el asunto en la obra plástica griega tiene una importancia subalterna: el tema en la escultura, más que el dios o el hombre es la belleza idealizada del cuerpo humano; en la arquitectura el espacio, cerrado para albergar los caudales de la ciudad o la estatua de su dios tutelar, tiene un interés menor que la realización estética de su envoltura; en la Cerámica la función resulta secundaria frente a la perfección formal de los vasos;

el contenido, médula del estilo griego, es la versión artística de la idiosincrasia de aquel pueblo, que yo sintetizaba en los términos: civilización antropocéntrica y religión antropomórfica, lo cual imparte una escala esencialmente humana a su producción;

la forma, escultórica, arquitectónica o cerámica fué en realidad el objeto y el móvil del arte inigualado de la Grecia antigua. A ella consagraron los artistas su talento creador y su esfuerzo incansable en una tarea de superación y refinamiento, que culminó en la perfección alcanzada en todas sus manifestaciones plásticas.

Se ha llamado a los griegos "adoradores de la forma" y esa forma por ellos adorada ha hecho prosélitos, porque sus expresiones que —desde la altura de la Acrópolis y el ámbito de los museos del mundo son admiradas hace veinticinco centurias— constituyen arquetipos de perfección absoluta que, al traducir el carácter, las ansias, el espíritu de aquel pueblo creador, le dieron la vida perdurable del Arte.

BIBLIOGRAFIA (en español):

Salis, Arnold von: El Arte de los Griegos. Trad. de Manuel Manzanares. Revista de Occidente. Madrid, 1926.

Soto, Luis de: Ars. Resumen de un curso de Historia del Arte. 3ª ed., La Habana, 1948.

Swift, Emerson H.: Arte, Civilización y Ambiente. Versión española de Luis de Soto. Cultural, S. A., La Habana, 1937.

DISCUSION

DR. MAÑACH: Doctor, ¿desea usted hacerle alguna pregunta a su colega el doctor Soto? No. Preguntas del público. Vamos a ver, el mismo voluntario aguerrido de siempre.

SR. BENIGNO PAZOS: Doctor, el hecho de que los artistas griegos se dedicaran a cultivar la forma, ¿significa que ellos cultivaban eso que hoy se llama el arte por el arte?

DR. SOTO: ¿Qué entiende usted por cultivar el arte por el arte? Perdone que le conteste yo con una pregunta, pero es para poder encauzar mi respuesta.

SR. BENIGNO PAZOS: Bueno, doctor el arte por el arte, significa algo así como adorar la forma por sí, ajena a todo contenido, lo mismo en la poesía que en la pintura, en la escultura, en la misma música, en todas las manifestaciones del arte. Estas son las cuestiones de forma, sin que tenga un contenido social de ninguna especie.

DR. SOTO: Tanto en lo que hoy día se llama, lo que se ha llamado a través de mucho tiempo el arte por el arte, en el cual se concede importancia fundamental a la forma, como en el arte griego, el resultado es el mismo; es decir, el resultado es conceder la preponderancia esencial a la forma. Ahora, concretándome a la pregunta suya, yo no creo que los griegos deliberadamente pretendieran hacer un arte meramente formal, sino que ellos, al expresar su idea, le concedían tal importancia a la bella forma que ha resultado que de los tres elementos de la obra de arte, asunto, contenido y forma, la forma resulta el preponderante.

SR. OTTO JAHKEL: ¿Usted no está de acuerdo con la opinión de Nietsche y de Schifler, de que el arte griego, que Nietsche llamaba Apolíneo, es muy superior en todo al de la Edad Media, presionado y coaccionado por la influencia religiosa. Según Schifler, el arte griego, la escultura griega indica libertad, y el de la Edad Media indica negación del individuo.

DR. SOTO: Para contestar la pregunta suya yo tendría que darle una conferencia sobre arte medioeval, particularmente sobre la esencia del estilo gótico. Bástele por el momento, si usted quiere tomarlo a beneficio

de inventario, esto: En el desarrollo universal del arte, hay dos extremos o polaridades o actitudes diametralmente opuestas en lo ideológico y en lo formal, a que yo aludí al principio de mi trabajo. Una es Grecia, una es el arte griego del siglo V antes de Cristo; y el otro extremo es el arte gótico del siglo XIII. Como usted comprenderá, para contestar plenamente su pregunta yo tendría que estudiar toda la contraposición, es decir, estudiar toda la historia del arte.

SR. FRANK DUMOIS: Doctor, ¿por qué si se considera que el arte griego tendía al realismo, se considera superior al helenístico, que consideró el realismo en su máxima expresión?

DR. SOTO: Yo quisiera que me concretara un poco más la pregunta.

SR. FRANK DUMOIS: ¿Por qué si el arte griego tendía al realismo, siendo el helenístico más realista que el arte helénico, por qué se considera el helénico superior al helenístico?

DR. SOTO: ¿Usted cree que la norma para calibrar el arte está en su mayor o menor realismo?

SR. FRANK DUMOIS: No, precisamente, éso es lo que yo quería que usted me explicara.

DR. SOTO: Es que yo no creo que se pueda decir que se considere en general así, porque si usted me pregunta a mí cuál considero yo más interesante, para mí el arte arcaico y el arte helenístico son más interesantes que el del "siglo de oro". Y no soy el único que estoy en ese camino. De manera que la mayor o menor importancia que uno le conceda a los diferentes períodos del arte griego, depende del punto de vista en que uno se sitúe. Si se sitúa en mi punto de vista de la universalidad, de la influencia que el arte griego ha tenido, del aporte de Grecia al arte universal, indiscutiblemente a nosotros nos interesa mucho más (cuando vemos al arte griego desde el siglo XX) el arte arcaico y el arte helenístico, que tienen y han tenido vigencia a través de todos los siglos del imperio del arte.

SR. MARIO GONZALEZ: Doctor, ¿estas desviaciones que usted dice que hacían los griegos en los templos, se limitaron solamente al Partenón, o a todos los demás?

DR. SOTO: En todos los templos solían hacerse y el objeto ya usted sabe cuál era.

SR. MARIO GONZALEZ: Sí, sí, era lograr que se dieran...

DR. SOTO: Lograr que parecieran verticales y horizontales líneas que, por efecto visual, resultaban curvas. Naturalmente, tenía que ser en templos de gran extensión, porque esa desviación ocurre cuando usted mira una horizontal muy larga o una vertical muy alta; entonces tendía el templo a dar la sensación de una pirámide truncada.

SR. VAZQUEZ: Podría aclararme, doctor, además del mármol ¿sobre qué otro material trabajaron la escultura los griegos?

DR. SOTO: Trabajaron la madera, la piedra y unas combinaciones especiales, la que se llama acrolito, que es piedra y madera, y la más

bella de todas, que ha copiado el arte posterior, lo que se llama la escultura criselefantina. Como indica su nombre, es una escultura hecha a base de oro y marfil, que posteriormente se ha cambiado por oro, por marfil y bronce dorado. Usted verá muchas estatuas por ahí de tipos más o menos helenizante que tienen el cuerpo de metal, que es regularmente bronce dorado, y las partes desnudas, es decir, la cabeza, los pies y las manos, de marfil. Esa es una derivación del material criselefantino de los griegos.

VII

Manuel Gran

La ciencia de los griegos

SOBRECOGIDO de asombro y de admiración queda el estudioso ante la obra científica realizada por los griegos de la antigüedad, y esta admiración se dilata más allá de toda medida cuando investigamos los parcos y desligados datos que recibieron de sus antepasados y de todo el mundo de su época que pudo estar en contacto con ellos. Es cierto que sobre este aporte sólo tenemos noticias por las muy incompletas informaciones que nos da la arqueología y muy bien pudiera ser que futuras investigaciones reduzcan a mucho menos nuestra consideración por el grupo híbrido que tan intensamente vivió en la península y el archipiélago helenos. Pero, de acuerdo con lo historiado hasta hoy, sólo nos queda aceptar la pobreza y dispersión de aquellos datos.

Cuando meditamos en este milagro de pertinacia, animación y colorido, nos sentimos impulsados a inquirir sus causas y a citar dos de ellas como fundamentales: la belleza y serenidad del clima y el ambiente de libertad casi absoluta para pensar, hablar y escribir, de que gozaron los griegos. En Babilonia, en Asiria y en Egipto, las simples reglas y recetas que constituían los rudimentos de la ciencia, permanecieron como secretos de la casta de los sacerdote. Más o menos taxativamente, era de su privilegio conocer y aplicar estas nociones; a pocos se permitía penetrarlas; a nadie propagarlas; a todos se presentaban como ins-

piración divina otorgada a los dominadores. Los griegos, en cambio, de raza compleja por la suma de las sangres más heterogéneas, pobladores de un país de clima encantador, fortalecidos por el hábito de vencer las abruptas irregularidades de su suelo, sanos por la pureza del aire montañés y alegres por el espectáculo azul y oro de su paisaje, estaban destinados por los hados para impregnar, en todo aquello en que aplicaron la acción o el pensamiento, de un hálito imperecedero. Libres para ejercer el juego de sus brillantísimas facultades recorrieron a plenitud las trayectorias de su destino y nos legaron, entre otras admirables producciones, las raíces vivas de la ciencia, condicionada para crecer, florecer y frutecer continuamente y sin límites.

De los datos que los griegos reciben se desprende que antes de la constitución de las escuelas griegas nada existía que pudiese reputarse como una verdadera ciencia, ni siquiera en ciernes. Ya el hombre paleolítico, dibujante notable, poseía numerosos conocimientos. Millares de años más tarde, no se sabe cuántos, aparece el hombre neolítico con una civilización mucho más cercana de la nuestra que de la de su antecesor. Ya no vive en cavernas porque sabe construir edificios: es arquitecto. Cultiva las plantas: es agricultor; domestica animales, fabrica sus vasijas, hila sus fibras y teje sus telas, se reuna en comunidades y hace gobierno. No hay duda de que la cultura neolítica se desarrolló con todo esplendor en Creta y en los valles del Nilo y del Eufrates hace unos 8 ó 10,000 años. Unos miles de años más tarde (2 ó 3,000) y empieza a dibujarse la edad de bronce; otros miles de años (3 ó 4,000) y se esboza la edad de hierro (1,500 A. C.)

El progreso en la edad de bronce es muy notable y el que corresponde a la edad de hierro lo es más todavía. Los trabajos de barro de estas edades son casi naturales; la orfebrería, las esculturas y los trabajos de metal exhiben un brillante progreso.

En Egipto, casi aislado hasta su conquista por los persas, en los inicios de su constitución como grupo social, se trabajaban admirablemente el bronce, y el oro, y el ébano y el marfil, y así se pone de manifiesto un arte muy bien logrado. Más tarde, la construcción de las pirámides y de los templos que con tanta efusión admiramos en las ruinas, nos denuncian una técnica muy

avanzada en que la ciencia hubo de tener su parte, pero esta ciencia debe haber permanecido en forma de recetario y no hay datos para elevarla a la categoría de ciencia según el concepto vigente hoy. Apoyan esta afirmación las nociones de astronomía que los egipcios poseían, a más de las de aritmética y de geometría. Bien sabido es que de esta última todo el mundo los da como fundadores. Hasta ese momento todos los esfuerzos de tipo cultural quedaron en el anónimo y sólo nos habían llegado nombres de políticos y de guerreros, que han hecho la historia y han desecho la fe, pero el descubrimiento del papiro de Rhin (1,600 A. C.) nos da a conocer el nombre de Ahmes, que muy bien puede haber sido un simple escriba. El papiro de Moscow (2,250) nos revela más progreso todavía. De todos modos, estos rudimentos científicos, reducidos a simples reglas al servicio de fines de meros intereses comerciales carecen de la trabazón lógica y del carácter general propios de toda ciencia. Paralelamente a la civilización egipcia se desarrollan y alcanzan su hegemonía en el orden en que las damos: Babilonia, Asiria, Persia y Grecia.

La cultura babilónica mira fundamentalmente hacia los objetivos prácticos si se exceptúan, desde luego, las observaciones astronómicas que alcanzaron un notable desarrollo y sirvieron de base a posteriores trabajos. Respecto a Asiria, recordaremos que poseyó una célebre biblioteca. Los persas parecen haberse servido de los conocimientos extraños.

Como antecedentes importantes conviene decir unas palabras sobre Fenicia y algunas más sobre Creta. Los fenicios, famosos por su espíritu de empresa, manufacturaban la púrpura de Tiro, lo cual supone conocimientos más o menos empíricos de química y son armadores de primera línea y esta clase de trabajo exige no pocas y difíciles nociones científicas. En Creta, así como en Micenas y en Tirinto, se desarrolla toda una cultura aislada, que en la primera se denomina Minoana, y respecto a la cual existen indicios arqueológicos que impulsan a reputarla indígena. No es fácil comprender, cuando se observan sus progresos en arquitectura, en sus sistemas sanitarios y en su arte, que nos ha dejado obras en metales incrustados que no han sido superadas, que no haya existido en la isla algún conato de ciencia.

Se afirma que la cultura científica griega tiene sus raíces en la Creta prehistórica y en los aportes de los viajeros griegos a otros pueblos, y alcanza su esplendor entre 450 y 500 A. C. con el centro en Atenas. Puede decirse, con la precisión que pueden alcanzar estas afirmaciones, que la ciencia griega se desarrolla en el lapso comprendido entre 600 A. C. y 300 A. C., prolongándose después en la Escuela de Alejandría hasta el inicio de la era cristiana. La ciencia griega nace y se consolida en aquel período en que se suceden los hombres más brillantes de que la historia tiene noticia.

Este nacimiento, crecimiento y esplendor de la ciencia en Grecia tiene sus fuentes en las famosas Escuelas, y de ellas brota casi siempre hermanada con la filosofía. Tales de Mileto, ingeniero, matemático y astrónomo, es el fundador de la primera de todas: la Escuela Jónica. Con Tales se inician las primeras consideraciones geométricas lógicamente ordenadas y ya tenemos el primer albor de la geometría como ciencia. Emplaza el hombre ya al pensamiento como un placer desinteresado y se sitúa en el umbral de la filosofía. Otro jonio, Pitágoras, de Samos, funda una escuela en Crotona, donde organiza la aritmética, hace progresar la geometría, que le recuerda por su teorema y por el descubrimiento de los poliedros regulares, y da algunas reglas fundamentales de acústica. Como una reminiscencia del Egipto y de Babilonia la escuela se comporta como un templo, y los que en ella laboraban, como sacerdotes. Celosos de su saber, los pitagóricos guardaban en secreto sus descubrimientos. En esta actitud mítica están los matemáticos de siempre: sin llegar al extremo de los pitagóricos, cada una de sus concepciones —extraespaciales y extratemporales, que dijera Aristóteles— los pone en un trance mitad de adoración a la fórmula encontrada y mitad de narcisismo. Lo cierto es que en la Academia de la Matemática sin rótulo en el frontis, poquísimos pueden entrar de los pocos que quieren hacerlo. Arquitas sucede a Pitágoras y resuelve muy ingeniosamente el problema de la duplicación del cubo y parece haberse dedicado a la mecánica. En la Escuela Eleática sobresale Zenón, bien conocido creador de famosas paradojas que conducen a pensar en los infinitesimales.

Platón es el gran animador de la Escuela de Atenas, siguiendo las huellas socráticas en la rectitud y pureza del pensamiento y del lenguaje; ambos son, en el ímpetu del rigor, matemáticos del espíritu. Platón no es un matemático; es un maestro amoroso de la matemática y como tal, la ordena y redondea creando el método analítico. Considera que no hay ciencia perfecta si no se estructura con el auxilio de las ciencias del número y del orden, y su pasión por estas ideas le lleva a creer que quien no las comprende es incapaz de captar cualquier otro orden de razonamiento. Ya es lugar común el rótulo escrito en la puerta de la Academia prohibiendo la entrada a los no matemáticos. Su escuela acoge al jónico Anaxágoras y al eleático Zenón y en ella florecen Hipias de Elis, que resuelve el problema de la trisección del ángulo e Hipócrates de Chios, considerado entre los primeros matemáticos griegos.

En la obra de Platón, que es un artista, palpita en todo el buen gusto y la emoción poética. En la de su discípulo Aristóteles de Estagira el camino es más duro y empinado. Extraordinaria mentalidad universal, Aristóteles ataca todos los problemas de su época y nos lega toda una biblioteca de observaciones, de críticas y de ensayos que giran alrededor de los tópicos y tantean en busca de leyes universales. Tras muchas correrías, y terminada su labor como preceptor de Alejandro, abre su Escuela en Atenas con el nombre de Liceo y paseándose por los jardines prodiga idea tras idea con estilo seco, frío, opaco y riguroso: es el primer peripatético. Es el primer naturalista organizado; lleva a cabo con la ciencia natural lo que las otras escuelas realizaron con la matemática. Mucho de lo hecho por él tiene vigencia todavía y sus métodos son muy similares a los de hoy. Se dice que Aristóteles escribió cinco libros sobre botánica, pero ninguno ha llegado a nosotros y hoy se reconoce a su discípulo Teofrasto de Efeso como el primer organizador de la botánica según los moldes de su maestro y nos dejó los mejores tratados de la antigüedad. Su nomenclatura botánica tiene mucho de común con la actual.

La curiosidad astronómica de los griegos no va a la zaga de las otras; no les contentan los datos más o menos estáticos que reciben de egipcios y de babilonios; necesitan saber cómo y por

qué trabaja la máquina celestial. Veamos, a grandes rasgos, cómo evoluciona su pensamiento. Para Tales, la tierra es un disco que flota en el agua y para su discípulo Anaximandro está en el centro de todo y por todo sostenida en quietud, en tanto que su otro discípulo Anaximenes clava las estrellas en una esfera de cristal. Para Pitágoras, la tierra está fija y todo gira alrededor de su eje. Todas estas hipótesis son simplistas; ninguna es estúpida. Anaxágoras acierta que la luz de la luna es prestada del sol. Eudoxo nos da el primer tratado de astronomía y otra organización celeste: la tierra en el centro, los cuerpos celestes en esferas concéntricas con diversos ejes de rotación y explica algunos hechos. Aristóteles lo sigue con ligeras variantes. Heráclides, de la escuela platónica, se atreve nada menos que a echar a rodar a la tierra a razón de una vuelta por día, y Aristarco, ya en la Escuela de Alejandría, describe el sistema heliocéntrico y pone a todo el conjunto, incluyendo a la tierra, a girar alrededor del sol. Eratóstenes, matemático y astrónomo, determina el tamaño de la tierra y el más grande de los astrónomos de la antigüedad, Hiparco, a pesar de retrogradar al geocentrismo, realiza las más importantes y numerosas investigaciones astronómicas y nos da un sistema con dos hipótesis: la de los epiciclos y la de los excéntricos. Tolomeo de Alejandría, homónimo de reyes, es más que rey, es astrónomo y geógrafo. Sus trabajos se resumen en dos grandes obras: el Almagesto y el Esquema de Geografía. Modifica el sistema de Hiparco para construir el suyo propio que, como todo el mundo sabe, perduró hasta Copérnico.

En medicina, como en todo, antes de la aparición de esta pléyade de griegos gigantes, sólo se conocían hechos dispersos y entre el médico y el enfermo pululaba una multitud de influencias sobrenaturales. Empedocles inicia estudios sobre el funcionamiento del corazón; Alomeón hace ya disecciones de animales y descubre el nervio óptico y la trompa de Eustaquio. Pero el que mayores méritos alcanza es Hipócrates de Cos, observador paciente de calibre superior al de Aristóteles; de él y de su escuela nos han llegado setenta libros cargados de hechos en los que se muestra como un inductivo de extraordinaria agudeza. Su medicina sin anatomía ni fisiología organizada a través de la disección, es ad-

mirable. Cuando leemos sus aforismos nos parece estar oyendo las apreciaciones preliminares de un médico de hoy. Casi dos siglos después, Galeno, que ejerce en Roma, se muestra médico magnífico, que no oscurece, ni con mucho, la gloria de Hipócrates.

La química de los griegos no va mucho más allá de un grupo de recetas para las industrias, generalmente importadas: tintorería, perfumería y farmacia primitiva y misteriosa, colmada de pócimas, emplastos y filtros milagrosos. La física, sin la experimentación, es prácticamente nula. Platón, en su ambicioso Timeo, desciende lamentablemente desde la cumbre del pensador a un juego de matemática e imaginación que le cuadra muy mal. Aristóteles, en su Física, insiste sobre las causas, el lugar, el movimiento y el tiempo, en resueltas consideraciones de las cuales algo flota. Anaxágoras, a puro pensamiento, nos da las semillas de la materia y de ahí nos vienen los átomos infinitos e indivisibles de Leucipo, que Demócrito anima en múltiples movimientos para engendrar todo lo existente. Arquímedes, ya en el período alejandrino, nos explica la palanca, descubre su célebre principio y construye multitud de mecanismos, y Herón de Alejandría nos da la primera máquina de vapor. De física, como ciencia propiamente dicha, hay muy poco en todo esto, pero la pauta de las leyes generales, queda trazada por Arquímedes, y la insuperable organización geométrica por Euclides.

Los griegos no experimentaron, es cierto, pero de haberlo hecho, no es posible calcular los resultados a que habrían llegado. No creemos muy difícil justificar esta actitud negativa. Con la mente ocupada por la interrogación inminente de los múltiples fenómenos que la naturaleza les ofrecía, desde el perfume de las rosas hasta el cabrillear de las estrellas, todo su esfuerzo se dirigía a buscarles las razones con el fin principal y desinteresado de comprenderlos, de poseer este saber. En la matemática, donde podían crear sus objetos ideales, sus entes abstractos, por la vía de la definición y de la postulación, hicieron ciencia definitiva con vigencia proyectada hacia un largo futuro. En astronomía, donde la matemática es esencial, alcanzan la extraordinaria posición que todos les reconocen. Tal es el pueblo en que sobresale la rara característica

de poseer el genio y el talento con gracia y que fué el creador del sentido amoroso del pensamiento, la voluptuosidad de saber o inquirir desinteresados: de la filosofía.

BIBLIOGRAFIA

F. W. Westaway.—The Eudless Quest. Three Thousand Years of Science.
Charles Singer.—Historia de la Ciencia.

DISCUSION

DR. MAÑACH: Bien, vamor a ver. ¿Qué preguntas hay por parte del público? Esta es una conferencia histórica y un poco técnica, pero posiblemente alguno de ustedes desee hacer alguna pregunta, para esclarecer algún punto o desarrollar, tal vez, algunos de los que el doctor Gran no ha podido más que mencionar.

SR. BENIGNO PAZOS: Dr. Gran, ¿podría usted hacer el favor de decirme, qué método empleaban los científicos griegos al llegar a esas conclusiones, un método dialéctico, inductivo o deductivo?

DR. GRAN: Bueno, la realidad es que ésa es una pregunta que atañe a la filosofía, pero de todos modos, a mí me parece que los griegos empleaban, generalmente, el método dialéctico, y con mucha frecuencia el método de conversación. Pero eso no impide que en muchos casos mezclaran todos los métodos. Lo que no emplearon nunca fué el método experimental. Pero la realidad es que ellos fueron creadores de todos los métodos, a mi entender.

DR. MAÑACH: Bien, ¿alguna otra pregunta?

SR. GERMAN DIAZ: Doctor, cuando usted afirma que Herón de Alejandría inventó la primera máquina de vapor, ¿qué significado tiene éso?, porque según creo yo, fué después cuando se inventó.

DR. GRAN: Bueno, hay que saber bien qué se entiende por una máquina. Una máquina de vapor es cualquier aparato que transforme la energía térmica en movimiento; y Herón de Alejandría cogió una esfera, le puso dos tubos en sentido contrario —como los que riegan la hierba por ahí— metió agua dentro, la calentó; cuando el agua empezó a hervir, la máquina empezó a ir de atrás a delante y de delante a atrás; la maquinita aquella ya la teníamos transformada en energía de movimiento.

DR. MAÑACH: Es decir, no llegó a inventar el tren, pero...

DR. GRAN: Claro. Sí, pero ésa fué la primera máquina de vapor.

DR. FRANCISCO PARES: Dr. Gran, a finales del siglo pasado había una posición romántica, en relación a la capacidad o mentalidad arit-

mética, o matemática, de los egipcios. Posteriormente, se ha negado que los egipcios tuvieran una capacidad matemática extraordinaria, llegándose incluso a dudar que supieran aplicar las reglas elementales de las matemáticas. ¿Su opinión personal sobre el asunto cuál es, si me hace el favor?

DR. GRAN. Mi opinión personal es que eso es en parte cierto. Yo no he afirmado que los egipcios hayan penetrado en la gran aritmética, sino simplemente que se limitaban a tener una serie de reglas, muchas exactas, otras aproximadas, otras inexactas, que parece que estaban en poderes de los sacerdotes. En ellos no había absolutamente ningún tipo de razonamiento, sino que decían: un triángulo, el área de un triángulo se determina así; para trazar una perpendicular en el terreno, se hace esto; pero no había ningún tipo de legislación científica.

SR. LUIS RODRIGUEZ: ¿En qué se fundaba Demócrito para decir que todo estaba constituído por átomos?

DR. GRAN: Bueno, él no tomaba éso como fundamento; el no podía fundarse en nada; lo que constituía era una hipótesis fundamental. Los principios generales e hipótesis fundamentales no se fundan en nada. Se admiten o se rechazan. Demócrito afirmó que los átomos existían, porque a él le convenía esa afirmación para, por una serie de razonamientos, tratar de explicar cómo se comportaba la naturaleza. El único fundamento que podía tener, era un fundamento de tipo espiritual, pero no científico. Esa es una hipótesis. Las hipótesis no tienen más fundamentos que su adaptación a las cosas que se ven o las creencias que tiene el que las cree que con ellas puede llegar a explicar las cosas que se ven. ¿Estamos de acuerdo?

DR. BEGUEZ CESAR: Permítame el doctor Mañach hacer previamente unas cuantas manifestaciones en cuanto al doctor Manuel Gran. Estamos frente al primer filósofo crítico-matemático que actualmente tiene Cuba, que la honra y la prestigia, y cuyos destellos influyen sobre el Continente hispanoamericano. Dígame, doctor Gran, ¿qué motivo científico tiene usted para haber excluído al pueblo caldeo de la influencia sobre el pueblo helénico?

DR. GRAN: Realmente, cuando se habla de Asiria y Babilonia, ya uno está pensando que está en cierto modo mezclado con el pueblo caldeo. Yo no podía especializar el asunto y detallarlo como lo detalla Onken, por ejemplo, o cualquier historiador de fondo. No hay ninguna razón ni siquiera para eliminar a los hebreos, sino simplemente como ésta es una conferencia de corto espacio, pues no se podía detener en... En realidad, el pueblo caldeo ustedes saben que tiene sus relaciones con Asiria y Babilonia. Todo éso está junto, y todas esas relaciones, para desentrañarlas, necesitaría una conferencia mucho más larga que la que yo he dado aquí.

DR. BEGUEZ CESAR: ¿Qué gran sabio de la escuela de Alejandría, cuando los romanos invadieron a Siracusa, tuvo la genial intuición de hacer un invento que, a larga distancia, destruyó la escuadra romana?

DR. GRAN: Bueno, ése es uno de los mitos de la Historia, que yo he tenido mucho cuidado en no citar. Naturalmente, que todo el mundo sabe que ése es Arquímedes.

DR. BEGUEZ CESAR: ¿No —perdóneme doctor Gran—, no son los espejos ustorios?

DR. GRAN: Sí. Bueno, a éso le llaman los espejos ustorios, que han venido a la historia actual con una fama que, a mí me parece que no merecen. Eso no ha sido comprobado de ninguna manera. Es muy difícil construir unos espejos que lleguen a concentrar la luz solar a una distancia tan grande sin interrupciones, teniendo en cuenta todas las variaciones de temperatura que hay en el camino, para poderlos concentrar sobre unos buques y que los buques se vayan a quedar esperando a que la concentración de los rayos solares lleguen a producir hasta la llama, lo cual es una cosa que se produce con lentitud, para quemarse tranquilamente y que el griego se divierta viendo cómo se quema...

DR. MAÑACH: Bien, ¿hay alguna pregunta, que no tenga el cariz, naturalmente, de un examen del disertante?

SR. BENIGNO PAZOS: Dr. Gran, usted citó el papiro de Moscú. ¿Significa eso que en Moscú, la que es hoy en actualidad Moscú, se trabajaba en aquellos tiempos?

DR. GRAN: Bueno, el papiro de Moscú se llama así como se llama el otro "de Rhind" por el lugar donde está, según veo. El papiro de Moscú se ha quedado oculto, no se ha investigado bastante sobre él, porque esos papiros necesitan un largo período de investigación y de estudio para poderlos traducir e interpretar. Se sabe que los egipcios progresaron mucho más que lo que denuncia el papiro de Rhind, pero no se conoce todo. No sé si en los últimos tiempps se ha hecho algún trabajo sobre éso, pero creo que no.

SR. ARMANDO HART: Doctor, usted habló de que el movimiento de rotación de la tierra y el movimiento de traslación, creo, ya algunos científicos griegos lo aceptaban. Yo quiero preguntarle si eso ellos lo aceptaban como mera teoría o con la certeza.

DR. GRAN: Bueno, con la certeza absoluta a que usted se quiere referir no lo podemos aceptar ni nosotros. Hay que tener en cuenta todo el problema del Universo, y eso enlaza un problema de movimientos relativos, y en los movimientos relativos siempre uno puede suponer quieto a quien quiera, y hacer mover a todos los demás de manera conveniente, y todas las explicaciones son rigurosas. La realidad es que a nosotros nos simpatiza más el movimiento de la tierra, que el movimiento del sol, porque la lógica nos indica que es lo más probable que un corpúsculo tan pequeño como la tierra no vaya a ser el centro de todo lo que existe, sobre todo desde que sabemos de la existencia de tan tremendas galaxias y de tal número de sistemas semejantes al solar en que efectivamente todos parecen moverse, según los observamos nosotros, alrededor de un

cuerpo típico, que es generalmente el que da la luz. De todas maneras, la hipótesis que nos parece más lógica a nosotros es esa, pero son movimientos relativos; eso está absolutamente probado, como está probado, por ejemplo, el teorema de Pitágoras. Es lo más lógico y lo más natural, y como a partir de ese supuesto la mecánica celeste ha progresado de tal manera y predice tantas cosas, pues nos va bien en la hipótesis.

SR. ARMANDO HART: Bueno, doctor, y ¿a qué usted atribuye que hayan sido olvidadas esas ideas durante siglos, después de Grecia?

DR. GRAN: ¡Ah, porque resulta que, en virtud de lo que acabo de decir, el astrónomo Hiparco vuelve atrás y Tolomeo lo sigue; entonces llegó Copérnico, que no calzaba los puntos que calzaban los otros, y volvió todo eso al revés, y reexplicó todo a partir del sol en el centro, y eso pareció mejor. Se explica que se haya mantenido así, porque los resultados daban bien y los números son los mismos. Los números y los resultados que se obtienen son los mismos. Por lo tanto, no había ningún experimento en crisis que obligara absolutamente a cambiar esto.

Máximo Castro Turbiano

Aristóteles, legislador de la cultura

EN el curso de esta charla nos proponemos mostrar, con la claridad y sencillez que el tema nos permita, la significación de Aristóteles en la historia intelectual de la humanidad.

Todos sabemos que Grecia es la cuna de la cultura occidental; que es allí donde el saber empírico de los pueblos orientales fué deliberadamente transformado en conocimiento teórico, es decir, en conocimiento sistemático, orgánico y racional. Pero, al mismo tiempo, la filosofía griega ofrece a quien la estudia el espectáculo incomparable de un progreso continuo tanto en amplitud como en profundidad. La sensación maravillosa que experimentamos al escalar una montaña, al ver como a medida que ascendemos el paisaje se ensancha y adquiere simultáneamente un sentido más neto de armoniosa totalidad, ejemplifica admirablemente en la esfera sensible lo que nos ocurre en el campo de las ideas cuando estudiamos a los pensadores griegos desde Tales hasta Aristóteles.

En la filosofía griega se advierte cómo cada investigador arranca de los resultados de sus predecesorees, profundiza los problemas planteados por éstos, descubre nuevos problemas, examina las soluciones ofrecidas, rechaza las que le parecen falsas o inexactas, propone otras, y enriquece con nuevos conceptos, hipótesis y descubrimientos el acervo del saber precedente.

Pues bien, este proceso evolutivo del pensamiento griego llega a su culminación en tres investigadores insignes: Demócrito, Pla-

tón y Aristóteles. Es, sin embargo, en Aristóteles, el inmortal discípulo de Platón, donde no solamente la especulación griega sino toda la filosofía anterior al Renacimiento alcanza el nivel óptimo y la más completa madurez.

Pero digamos unas palabras sobre la vida de este pensador eminente cuyas obras han dejado una huella tan honda en el mundo civilizado. Aristóteles, hijo de un médico del rey de Macedonia, nació en Estagira en el año 384 antes de Cristo. Muy joven, a los 17 años, llegó a la ciudad de Atenas ingresando en la famosa escuela de Platón, llamada la Academia por su emplazamiento en los jardines de Academus.

A la muerte de Platón dejó la tierra ateniense dirigiéndose al Asia Menor, contrajo matrimonio y fundó una Academia en Mitilene. Posteriormente se hizo cargo de la educación de Alejandro, hijo del rey Filipo de Macedonia. En el año 335 regresó a Atenas y fundó en ella su célebre escuela conocida con el nombre del Liceo. Tenía entonces Aristóteles 49 años. A esa edad comenzó a redactar la serie de tratados que han llegado hasta nosotros y constituyen la primera gran enciclopedia del saber humano de carácter científico que se escribió en el mundo. Realizó esta magna labor en un lapso de 13 años, pues a la muerte de Alejandro, temiendo ser víctima de las pasiones políticas se alejó de Atenas muriendo poco después.

Pasemos ahora a lo esencial de nuestro asunto: al contenido de la filosofía aristotélica; pero antes de examinar concretamente las ideas directrices de su sistema, conviene que tendamos la mirada por breves momentos al conjunto de su obra. En Aristóteles la filosofía alcanza por primera vez un sentido cabal de totalidad. Su pensamiento abarca, sistematiza y relaciona todas las esferas del saber. Todos los temas y problemas que preocuparon a sus antecesores son estudiados por él; en todos dejó la huella indeleble de su genio poderoso. Creó la Historia de la Filosofía exponiendo y juzgando las opiniones de los pensadores más notables que le precedieron. Fundó la Lógica de un modo tan acabado que al genio revolucionario de Kant le pareció una disciplina completa y definitiva. Aunque esta opinión es inexacta, refleja, no obstante, la solidez de su arquitectura. Por si esto fuera poco redactó ex-

tensos y documentados libros sobre Física, Biología, Política, Moral, Retórica, Psicología, etc., complementando estas obras con pequeños escritos sobre los más variados temas. Por último, a manera de núcleo en que se condensa lo medular de su pensamiento, escribió una Filosofía Primera, llamada más tarde Metafísica, que contiene una exposición magistral, dentro de las posibilidades de su época, de las cuestiones más profundas de la filosofía.

Tal es la labor científica y filosófica de Aristóteles, en la que falta aun mencionar sus Diálogos de cuya elocuencia hizo un cálido elogio Cicerón, los cuales, desgraciadamente, se han perdido. Ningún hombre en época alguna ha poseído y manejado con tanta maestría un material tan vasto; ninguno ha realizado tantos descubrimientos ni ha elaborado una estructura intelectual de tan magnas proporciones.

Pasemos ahora a considerar las ideas directrices, los principios fundamentales que constituyen el basamento ideológico de la filosofía aristotélica.

Para Aristóteles existen en lo esencial dos tipos de conocimiento: el intelectual y el sensible. Por los sentidos conocemos los objetos particulares, pero este saber no puede llamarse ciencia. Unicamente el conocimiento intelectual, derivado de la función abstractiva del entendimiento, que opera sobre los datos de los sentidos, se eleva a los conceptos y juicios universales, y puede propiamente llamarse conocimiento científico. El grado más elevado de este conocimiento es el que se remonta a la universalidad suprema, a las causas y principios de máxima generalidad, tema de la más alta ciencia o filosofía primera.

A este saber teórico concede Aristóteles la más alta jerarquía en la escala de los valores. Estima que la tarea más noble a que el hombre puede entregarse es a la investigación de la verdad. Para él, el teórico, el sabio, el filósofo es el hombre que más se acerca a la divinidad, pues para su espíritu eminentemente intelectualista el Ser Divino es puro entendimiento, mera razón, cuya única actividad es el pensar. El Dios de Aristóteles es un Dios filósofo.

Absolutamente fiel a su criterio valorativo Aristóteles consagró su vida a la ciencia, cuyo objeto, como ya hemos dicho, es

la búsqueda de las causas, la explicación del por qué de las cosas. Pero la palabra causa tiene en Aristóteles un sentido distinto del actual, debido a que el hombre antiguo y el moderno conciben la naturaleza y el objeto de la ciencia de un modo diferente. Para el antiguo la ciencia tiene por objeto principal conocer la naturaleza y esencia de los objetos, clasificarlos según sus caracteres comunes y diferenciales, someterlos a una ordenación jerárquica, y obtener de este modo una concepción global de la realidad dentro de un esquema de reinos, géneros y especies. Para el investigador moderno la meta de la ciencia es el descubrimiento de las leyes naturales. Al sabio de nuestros días le interesan principalmente los procesos, los cambios; busca la uniformidad de relaciones que subyace en la complejidad de los fenómenos cambiantes.

Consecuente con su noción del fin de la ciencia, la palabra causa significa para Aristóteles factor de inteligibilidad o elemento que nos hace comprensible la naturaleza de un objeto y nos sirve para fijar su posición en la escala de los seres. Es por eso que cuando Aristóteles define indistintamente la filosofía primera como ciencia de las causas primeras o como ciencia del ser en cuanto ser, nos da dos definiciones perfectamente concordantes de esta disciplina.

Para el hombre moderno causa es aquello a que se atribuye el origen de un cambio o alteración definida en un sistema determinado. Así, si un cuerpo se desplaza en el espacio siguiendo un determinado curso, toda súbita alteración de su trayectoria nos impele a preguntar: ¿cuál es la causa de este cambio inesperado en la dirección seguida por el móvil? Para Aristóteles este uso de la palabra causa sólo se refiere a uno de los cuatro sentidos que tiene para él dicha noción: el de causa eficiente. Los otros sentidos son los de causa material, formal y final. La causa final se refiere a la meta o término a que se dirige un objeto o un proceso. Aristóteles, que fué un gran estudioso de los seres vivos, probablemente tomó del mundo orgánico la idea de causa final trasladándola a las otras esferas de la realidad. En nuestros días la categoría de causa final ha sido desterrada del mundo físico, el cual es concebido desde Descartes como una máquina gigan-

tesca según los principios de la concepción mecánica de la naturaleza. Pero todavía en Biología la noción de finalidad es causa de serias discusiones, lo que demuestra que es la consideración de los hechos del mundo orgánico lo que origina en nuestro espíritu la idea de finalidad.

Nos queda por examinar la causa formal y la material. Ante todo ¿qué quieren decir las expresiones causa material y causa formal? Pues bien, cuando examinamos un objeto con la idea de entenderlo en su composición última, encontramos que tiene una materia de que está hecho y una forma o estructura que nuestra inteligencia distingue de aquélla. Si examinamos una casa distinguimos mentalmente entre la piedra, el cemento, la madera y el hierro que son los materiales con que la casa está hecha y cuyo conjunto constituye lo que Aristóteles denomina causa material de la peculiar organización y estructura que han recibido estos materialees y hacen que el objeto sea una casa y se distinga claramente de una pirámide, de una torre o de un panteón. Esta peculiar organización y estructura es lo que Aristóteles denomina causa formal.

Trabajando con este concepto de causa que es una herramienta de cuádruple función Aristóteles va transformando la realidad en un conjunto lleno de inteligibilidad. En plena concordancia con su Metafísica elaboró la Lógica, haciendo de ésta un instrumento conceptual destinado a ordenar en un sistema de ideas la compleja realidad del mundo.

Veamos ahora como Aristóteles, superando a Platón, resume y concilia toda la filosofía que le precedió. Sabido es que la filosofía platónica culmina en la teoría de las ideas de la cual os ha hablado ya el doctor Mañach en su brillante disertación sobre Sócrates y Platón. Pues bien, a la mentalidad naturalista de Aristóteles le repugna esa duplicación innecesaria de las cosas en un mundo de arquetipos inmutables y otro mundo de objetos perecederos que imita o refleja al primero. Semejante dualismo rompe el vínculo entre los sentidos y el intelecto y hace de la naturaleza algo irreal, casi ilusorio. Es por eso que Aristóteles aloja en lo individual, en los seres concretos, los universales o

arquetipos platónicos. Tal es el sentido profundo de la teoría de las causas formales y materiales y de su íntima vinculación.

Por la grandeza de su arquitectura y la solidez de sus cimientos la filosofía de Aristóteles reinó casi indiscutida hasta los albores de la época moderna, si bien en los primeros siglos de la Edad Media, debido a que únicamente se conocían sus escritos sobre Lógica, compartió con Platón el señorío espiritual de Occidente hasta que Santo Tomás la difundió por Europa, y, conciliándola hábilmente con los dogmas de la fe cristiana, la convirtió en la doctrina filosófica de la Iglesia y del mundo culto.

Aristóteles parecía haber resuelto para siempre el problema de la Filosofía, edificando sobre bases inconmovibles sus doctrinas... Pero a partir del Renacimiento una serie de descubrimientos sorprendentes revelaron que la humanidad estaba lejos de haber alcanzado el saber definitivo. Copérnico derribó su concepción astronómica. Galileo fundó la nueva Física sobre bases completamente distintas. Las nuevas formas de vida social y jurídica de los pueblos modernos revelaron las limitaciones de su Moral y de su Política. Unicamente la Lógica y la Metafísica presentaron una resistencia mayor. La Metafísica aristotélica, aunque ha sufrido serios reveses y ha venido siendo objeto de muy fuertes ataques, todavía defiende algunas de sus más importantes posiciones, y no son pocos los pensadores actuales que aceptan una dosis más o menos grande de ella. Su Lógica es lo que ha resistido más tiempo. Cuando su aparato conceptual no podía ya envolver los contenidos de la ciencia moderna, quedó desmaterializada y reducida a Lógica formal. Para completarla se comenzó a elaborar la Lógica inductiva, pero en lo deductivo continuó imperando hasta hace poco en que algunos investigadores patentizaron su insuficiencia, mostrando como la deducción matemática escapa al entramado de la silogística. Sin embargo, aun para los lógicos actuales más revolucionarios la Lógica aristotélica constituye una pieza esencial e insustituible de una Lógica generalizada.

Este destronamiento de una parte considerable de la filosofía aristotélica no debe en lo absoluto disminuir nuestra admiración por el genio incomparable de su autor. Esto acusaría una falta gravísima de sentido histórico. Debemos recordar que la obra aris-

totélica representa el aporte mayor que hombre alguno haya hecho a la cultura en el campo de la ciencia, y que a ella debemos el ideal de la sabiduría que ha servido de norte a los grandes investigadores de Occidente, aun cuando ya no se busque la universalidad en las formas y esencias sino en las leyes que rigen los fenómenos. En esto, que es lo supremo, Aristóteles sigue siendo para nosotros el gran legislador de la cultura.

DISCUSION

DR. MAÑACH: Bueno, vamos a ver si hay valientes que se atreven a... Bien, veo manos que se alzan valerosamente.

SR. JULIO MARTINEZ: Sr. Castro; afirman algunos que Aristóteles, antes de ingresar en la Academia platónica, llevó una vida licenciosa. Yo quisiera que usted explicara un poco más el carácter de su juventud antes de ingresar en la academia platónica. Otra pregunta; desearía saber si los hijos de Aristóteles heredaron algunas de las cualidades del padre.

DR. MAÑACH: Son preguntar la mar de privadas: sobre la vida privada de Aristóteles.

SR. JULIO MARTINEZ: Y tercera, tercera pregunta: El señor Ferrater Mora dice que hay unos filósofos que se llaman aristotélicos hoy en día. ¿En qué difieren, si difieren en algo, de Aristóteles?

SR. CASTRO TURBIANO: Bueno, en cuanto a la primera pregunta, sus biógrafos le atribuyen a Aristóteles una vida un poco ligera, lo cual, naturalmente, no afecta en nada el contenido de su filosofía. En cuanto a los dos hijos de Aristóteles, no se conoce que hicieran nada notable. En cuanto a la tercera pregunta, ya lo creo que hay filósofos aristotélicos. Están entre ellos, sobre todo, los neotomistas, toda la Iglesia Católica acepta la filosofía aristotélica, y hay muchos individuos que, aunque no son católicos, aceptan cierta dosis de filosofía aristotélica, porque la filosofía aristotélica tiene ciertos elementos universales que son independientes de cualquier confesión religiosa. Esta tercera pregunta es la única verdaderamente filosófica de las tres.

SR. OSCAR LEDESMA: Bueno, yo quería hacerle otra pregunta de orden biográfico, si es que no es imprudente. Tengo entendido que en algún libro de Historia de la Filosofía se dice que Aristóteles sostenía, frente a Alejandro, la superioridad de los griegos, que eran los que debían gobernar y que los demás se consideraban bárbaros o inferiores. Quisiera saber algo respecto, su opinión al respecto.

SR. CASTRO TURBIANO: Bueno, el mismo Aristóteles era macedonio. Algunos historiadores dicen, efectivamente, que Aristóteles mantenía eso. Aristóteles sobre todo lo que no quería era que la Grecia se bar-

barizase, dándole a la palabra "bárbaro" el sentido de extrangerizante que tenía. Y en eso sí Arístotelss en su vida política, como tenía el sentimiento de la gran cultura griega, naturalmente quería impedir que Grecia descendiese por esa contaminación.

SR. RAUL MORALES: Doctor, ¿ a cuánto ascendía la suma que puso Alejandro en manos de Aristóteles para sus investigaciones científicas?

SR. CASTRO TURBIANO: No se sabe a ciencia cierta ni siquiera, por ejemplo, esos animales que decían que le mandaban para completar su historia natural es cierto. Sobre eso no hay más que cuestiones anecdóticas, pero no hay nada seguro.

UN OYENTE: La pregunta mía es alrededor de la teoría de la evolución, de que escribió después Darwin. Se dice, o yo he leído en algún lugar, que esa teoría no fué original de él; que fué expuesta por Aristóteles o Hipócrates, quien a su vez la había aprendido de Anaximandro. La duda estriba entre si fué Hipócrates o si fué Aristóteles.

SR. CASTRO TURBIANO: En Aristóteles hay una teoría evolutiva, pero es completamente distinta a la teoría de Darwin. En Aristóteles es la teoría de que todo los seres en el Universo tienden a la perfección. El tránsito de la potencia al acto es un movimiento de ascenso hacia lo divino. Pero el cambio de una especie a otra, es de lo más contrario que hay a la teoría aristotélica, que tiende a las fijezas de las especies y que domina todo el pensamiento medioeval. Ahora, rudimentos de la teoría darwiniana sí existen entre los presocráticos. Pero solamente en forma de rudimento, porque, por ejemplo, creían algunos que la selección natural era una especie de selección entre órganos, entre partes del cuerpo, completamente distintas a las bases científicas de Darwin. Así que lo que hay es el atisbo. En la filosofía griega hay vislumbres de casi todas las corrientes modernas en el pensamiento, pero no desarrolladas. Y eso es lo que hay en los presocráticos.

UN OYENTE: Dr. Castro, yo quisiera que usted nos explicara las diferencias entre la causa formal y la causa final en Aristóteles.

SR. CASTRO TURBIANO: Bueno, la causa formal y la causa final, en muchos aspectos son lo mismo, pero en otros aspectos se distinguen. Eso según que se trate del mundo biológico o de otro orden. La causa formal es la estuctura que tiene una cosa. A veces esa estructura implica la forma que es su finalidad, pero otras veces se distingue. La causa final se refiere a aquello a que el objeto tiende. Por ejemplo, si tomamos una semilla, su causa final es el ser el árbol tal, un abeto, o lo que sea, pero si en vez de eso consideramos naturalmente otro tipo de objeto, entonces la forma no es nada más que la estructura que tiene tal objeto. En ciertos casos se cruzan; ahora se pueden distinguir mentalmente.

SR. FRANCHI ALFARO: Doctor, ¿se podría decir entonces que Sócrates era un moralista, Aristóteles un científico, y Platón un filósofo?

SR. CASTRO TURBIANO: Yo diría que los tres son filósofos. La cuestión está en el accnto. En Sócrates el acento cae sobre los problemas morales, circunscribe la filosofía a los problemas morales. Platón extiende la filosofía a otros problemas, siguiendo el método socrático de la busca de los universales y de la verdad generalizada; mientras que Aristóteles, espíritu más naturalista, lo lleva a esos campos que hoy se llaman ciencias particulares.

SR. SUSINI DE ARMAS: Yo quiero solamente hacer una pregunta a mi amigo y compañero, el doctor Castro Turbiano. Yo creo que el genio de Aristóteles debía haber estado más en consonancia, y permítame la frase, con la moral de Aristóteles en cierto sentido, porque se sabe que Aristóteles fué partidario de la esclavitud. Yo quisiera que mi amigo, el señor Castro Turbiano, me explicara esa diferencia entre la moral y el gran saber y el cerebro poderoso de Aristóteles.

SR. CASTRO TURBIANO: Bueno, yo creo que ahí nos encontramos precisamente con uno de los problemas que pudiéramos llamar de limitación histórica. Hoy a nosotros nos parece la cuestión de la esclavitud, una cuestión obvia; pero en el tiempo de Aristóteles no parecía así. El creía que los hombres eran diferentes por naturaleza, y que a aquellos que eran inferiores les correspondía la servidumbre, y a los superiores mandar. No creo que en él tuviera la esclavitud otro sentido. Hoy en día a nosotros nos parece distinto. Hemos llegado a la conclusión de que los hombres son fundamentalmente iguales, aunque se distingan por grado. A Aristóteles no le pareció así. Quizás él estuviera influído por la estructura clasista de su sociedad, como dicen los materialistas históricos; no hay dudas de que la atmósfera en que uno vive influye. Hay cosas actuales que tal vez en el futuro a nosotros nos parezcan absurdas. Hoy nosotros comemos la carne de los animales, y nos parece muy natural; tal vez un día se llegue a pensar: ¡qué bárbaros eran aquellos hombres que comían carne de animales! Pero estamos en esa atmósfera y no nos parece natural. A Aristóteles le pareció natural la esclavitud y eso era perfectamente compatible con su gran saber. Es una de las cosas donde se demuestra el progreso de las ideas y cómo el campo histórico en que uno vive y la atmósfera intelectual modifica las ideas y hace que no se pueda advertir determinadas cosas que para otra época es evidente. Hoy en nosotros la igualdad humana nos parece una cosa evidente, pero para Aristóteles no era así, ni para muchos, ni para casi todos los griegos; pensaban como Aristóteles también. Nosotros tenemos eso en la misma historia colonial. Hemos visto muchos individuos extraordinarios y eminentes que todavía en el siglo XIX pensaban como esclavistas.

SR. OSCAR LEDESMA: Sr. Castro, yo quisiera que usted me aclarara si en las teorías de Aristóteles el concepto de forma se identifica al de acto, o si hay alguna diferencia.

SR. CASTRO TURBIANO: Bueno, el concepto de acto está en relación con el concepto de potencia. Vamos a tomar un ejemplo concreto

para llevarlo más claro. Vamos a tomar, por ejemplo, la larva en relación con la mariposa. En potencia tiene la mariposa; al llegar a mariposa se convierte en acto. La sustancia está formada por la materia y la forma. Por ejemplo, la sustancia humana, el ser humano concreto, el individuo concreto, está formado de materia y forma, mientras que la potencia del acto se refiere a distintos momentos, a distintos tránsitos de varias formas. Entre la potencia y el acto puede haber un tránsito de una serie de formas. Es decir, que uno tiene más bien un sentido temporal y el otro tiene más bien un sentido de conjugación. Es lo que a mí me parece distinguir en los dos casos.

DR. MAÑACH: Una pregunta muy sutil, y contestación muy difícil. Bien, el señor Béguez César, al fin.

SR. BEGUEZ CESAR: Dígame, señor, este, ¿Aristóteles es, es un genio creador y creando en su consecuencia un sistema como Kant? ¿Cuál es la fuente de información en dónde bebe, Aristóteles, a los efectos del desarrollo de su plan científico?

SR. CASTRO TURBIANO: Aristóteles es un creador en muchos sentidos. En primer lugar, toma ciertos datos de lógica y crea la lógica y la amplía; descubre el silogismo y establece casi todas las operaciones lógicas, lo cual es una labor creadora. Su metafísica difiere de la de Platón. Tampoco se puede decir que, en Kant la originalidad sea absoluta. No es nada más que una originalidad relativa.

SR. BEGUEZ CESAR: Yo le pregunto a usted: ¿Cuál es la fuente de información? ¿En qué fuente bebe él, a los efectos del desarrollo de su filosofía?

SR. CASTRO TURBIANO: ¿Quién? ¿Aristóteles?
MONTERO

SR. BEGUEZ CESAR: Sí.

SR. CASTRO TURBIANO: Bueno, la fuente es Platón. Aristóteles estuvo 20 años en la Academia y su sistema es una continuación del platonismo.

SR. BEGUEZ CESAR: ¿Y no tiene una influencia, prehelénica, de la cultura creto-minoana y la egipcia...?

SR. CASTRO TURBIANO: Bueno, es que todas esas influencias se van acumulando en su inmediato. Lo que, en Aristóteles hay es, en primer lugar, influencias platónicas. Luego la influencia científica, porque era un naturalista y se preocupa de todas las investigaciones que se han hecho por los naturalistas. Pero esa influencia cretense directamente no la veo en él.

VIII

Calixto Masó

Alejandro y sus conquistas

ALEJANDRO, llamado con razón el Magno, representa el tránsito de la Mitología a la Historia.

Su vida se asemeja a una leyenda y puede compararse con el Sol, que acabado de nacer calienta la tierra con sus rayos y que rápidamente, después de ascender al cielo, desaparece dejando una sensación de grandeza.

Alejandro representa la culminación del poderío helénico y la terminación del régimen caracterizado por la hegemonía sucesiva de Atenas, Esparta y Tebas y de la guerra defensiva contra los Persas que, desde la época de Filipo II de Macedonia, se convirtió en una guerra de carácter ofensivo y conquistador, dando origen al primer Imperio Universal que recoge la historia, que nace y muere con su fundador.

Plutarco nos dice que las estatuas que mejor representan a Alejandro, son las de Lisipo, que incluso recogen su ligera inclinación característica del lado izquierdo del cuello.

Apeles, lo pintó moreno, aunque más bien era blanco y sonrosado, pero todas las imágenes nos lo representan como un hermoso joven de fuerte complexión, siendo su figura la expresión del arrojo, la audacia y la belleza.

El propio Plutarco nos habla de su origen fabuloso, pues se estimaba descendiente de Aquiles y Hércules.

Además, en las "Vidas Paralelas" se expresa que, cuando Olimpia u Olimpiada, que se cita de ambos modos, concibió a

Alejandro, estando dormida se le enroscó en el cuerpo un dragón o una serpiente, aunque se estima que Olimpiada, conocedora de los ritos Orficos, acostumbraba a enroscarse serpientes domesticadas.

La realidad es que siempre se habló de su origen divino y que Alejandro actuaba como si descendiese de los dioses y quizás, estas características influyeron en su vida y en su carácter, pues venció todos los obstáculos que se le oponían, como si cumpliera un destino superior.

Muchas veces se dejó llevar de arrebatos de violencia, como en el lastimoso hecho de la muerte de Clito el Negro, que le había salvado la vida en la batalla de Gránico y que fué muerto por Alejandro en un banquete, a virtud de una discusión baladí.

Después de la muerte de su amigo, Alejandro pasó la noche lamentándose y continuó en la misma actitud todo el día siguiente, hasta que uno de sus hombres le llamó la atención, diciéndole que "el conquistador del mundo, se había pasado el día llorando", con lo que al fin se calmó, aunque este hecho "pervirtió su moral, haciéndole más precipitado y violento".

Alejandro también mandó asesinar a Filotas y a Parmenión, que era su mejor general, por sospechar que conspiraban contra él. En fin, era profundamente ambicioso, pues cuenta Plutarco que siendo joven, al conocer los éxitos de su padre, exclamó: "¿Será posible que mi padre se anticipe, realizando todo acto glorioso y nada nos deje por hacer?"

No cabe duda de que Alejandro era un hombre culto, de acuerdo con los conocimientos de la época. Tuvo como maestro a Aristóteles y aprendió de él, no sólo la Etica y la Política, sino aquellos conocimientos de carácter secreto que los maestros reservaban para sus discípulos predilectos. Y se cuenta que al conocer Alejandro que Aristóteles había publicado algunas de sus doctrinas secretas, le escribió diciendo que "si esos conocimientos se divulgaban ¿en qué se diferenciarían los hombres superiores de los demás?"

Además de los asesinatos de Filotas, Parmenión y Clito el Negro, Alejandro mandó a matar a su pariente Amintas, hijo de

Perdicas y a quien correspondía el trono; igualmente hizo asesinar a sus hermanastros, hijos de Cleopatra, la segunda esposa de Filipo, afirmándose por algunos historiadores que quizás no estuviese lejos de la muerte de su padre.

Para comprender a Alejandro como político y como gobernante, hay que partir del hecho de que a los veinte años fué rey con poderes absolutos, al estilo oriental, y que después de dominar a los griegos, no tuvo obstáculos serios en su camino.

Alejandro representa, por vez primera en la historia, las tendencias de cosmopolitismo, pues trató de unir a los griegos y persas; y en este sentido intentó romper las barreras que separaban a los pueblos en la antigüedad y que impedían la integración de una cultura de tipo universalista.

Como todos los conquistadores, sucumbió ante el lujo de las costumbres orientales, y su ejército se aficionó a las riquezas y a la molicie de Persia y el Egipto. Pero, cuando Alejandro quiso hacerse adorar como los reyes persas, ante los cuales sus súbditos se inclinaban reverentemente hasta el suelo, nunca pudo obtener que los macedonios le rindieran esos honores divinos; y se dice que castigó con la muerte a Calístenes de Olinto, sobrino de Aristóteles, que le acompaña con la misión de escribir sus campañas, por haber criticado la prosquinesis o adoración desde el suelo.

Mientras estuvo luchando en Grecia, para consolidar la hegemonía macedónica, y después, en la conquista de Persia, Fenicia, Egipto y Media, casi no tuvo tiempo de ocuparse de la organización de su imperio.

Conservó la organización de los persas, limitándose a sustituir a los sátrapas por gobernadores macedonios, pero después de Gaugamela, sintiéndose rey de los persas, dejó a veces que los sátrapas siguieran gobernando, aunque el ejército siempre estuvo mandado por macedonios.

Al volver de la India, comprendiendo que se había equivocado, pues los sátrapas persas continuaban oprimiendo al pueblo, depuso a todos los gobernadores, sustituyéndolos por griegos y disponiendo por esta época que sus soldados se casasen con mujeres persas, como él lo había hecho con Roxana, aunque también,

según las costumbres del Oriente, se unió con una hija de Darío y con la hija del rey Ojos.

En lo que sí tuvo pleno éxito fué en la colonización, pues fundó diversas ciudades, que casi todas llevaban su nombre, estando situada la principal de ellas, que aun subsiste, en el norte de Egipto. De él, tomó su nombre: Alejandría.

También intentó fomentar la economía del imperio, pues el famoso viaje de Nearco tuvo en realidad un fin comercial, y unificó el sistema monetario en todos sus territorios, imponiendo las monedas griegas.

Alejandro era hombre de un gran valor personal. En Queronea, aun en vida de su padre, con la Falange macedónica se lanzó contra los tebanos, que no pudieron resistir su empuje. En Gaugamela, con menos tropas que Darío, se vió envuelto por el enemigo, pero con la caballería y la Falange, derrotó la izquierda persa, marchando después en ayuda de Parmenión y haciendo huir a Darío.

Su imperio comprendía en Europa, la Tracia, que limitaba al norte con el río Danubio, Macedonia, Grecia y sus islas adyacentes. En Asia se extendía por todo lo que hoy forma el Asia Menor, Fenicia, Palestina, Asiria, Media, parte de Armenia y toda Persia. Y en Africa, dominaba el antiguo Egipto, es decir, el valle del Nilo, aunque en sus expediciones también se internó en el desierto del norte africano.

Sus conquistas se inician en el año 335 antes de Cristo, al año siguiente de ascender al trono.

Combatió en el Danubio a los bárbaros del norte, para demostrarles que el poderío macedónico no había disminuído con la muerte de Filipo; y rápidamente marchó hacia Grecia, donde Demóstenes, aliado de los persas, había conseguido sublevar a Tebas.

Alejandro se presentó frente a la ciudad, que después de sitiada fué completamente destruída, aplicándole el mismo castigo que los tebanos, durante el período de su hegemonía, habían impuesto a las pequeñas ciudades griegas, como Beocia, Platea y Orcomene.

La destrucción de Tebas, determinó el sometimiento de toda la Grecia, pues Atenas que estaba comprometida a sublevarse, felicitó a Alejandro por sus victorias.

En el año 335 pasó al Asia, al frente de 35 mil hombres, y derrotó a los persas junto al río Gránico, rindiéndosele al Asia Menor occidental. Tomó por asalto las plazas fuertes de Mileto y Halicarnaso, defendida esta última por Mennen, el mejor general de los persas. En el año 333 se encontró con Darío, derrotándolo en la llanura de Issos. Marchó hacia el sur, penetrando en Francia y encontrando únicamente resistencia en Tiro, que ocupó después de siete meses de asedio.

Desde allí descendió al Egipto, que se le sometió casi sin combatir; y en el año 331, después de haberse apoderado de las costas mediterránicas, emprendió la campaña contra el interior del imperio persa.

Dominada por Antipater, su gobernador de Macedonia, la rebelión de los espartanos, Alejandro cruzó el Eufrates y derrotó decididamente a Darío en la batalla de Gaugamela, que algunos historiadores llaman de Arbolas y sin encontrar resistencia, entró sucesivamente en Babilonia, Susa, Persepolis, apoderándose de Media y de su Ecbatana en el año 330. Al año siguiente penetró en la Bacteriana, con lo que terminó la conquista del imperio persa, que había durado cinco años.

La invasión de la India se inició en el año 327, no continuando su penetración en el país, por el cansancio de sus tropas, pues sólo había querido imitar a sus antepasados fabulosos Hércules y Dionysios, los que según la leyenda, también habían conquistado este país.

Se ha dicho que Alejandro murió envenenado, pero en su diario hay datos suficientes para precisar los motivos de su muerte, según nos cuenta Plutarco.

El día 18 del mes Decio se acostó, por estar con calenturas. Al día siguiente, pasó el día jugando a las tablas con Hedio. El 20 se dedicó a oír la narración que hacía Nearco de su viaje, pero el 21 pasó mala noche, presentándosele al día siguiente una fiebre alta, falleciendo poco después.

Murió a los 33 años, después de haber reinado 13; y un año después falleció su maestro Aristóteles, que respecto al pensamiento, representa lo mismo que Alejandro en la acción, y Demóstenes, el elocuente opositor de la política macedónica.

Después de la muerte de Alejandro, materialmente se destruyó su obra, pues sus generales lucharon varios años entre sí, dividiéndose el imperio y dando origen a los estados del período helenístico.

Alejandro, es quizás, la figura más popular de la historia, y su nombre ha sido recogido por leyendas e incorporado a la literatura de casi todos los pueblos. Esto se debe a **"la grandeza de sus éxitos, a su personalidad, a su audacia caballeresca, a su acometividad y también a la belleza de su figura".**

Y aunque modernos historiadores lo critican afirmando que **"no fué un gran general, ni un gran político, ni un gran carácter"**, no puede dejar de reconocerse que la historia le debe:

Primero, la idea del imperio universal, que posteriormente alentó Napoleón Bonaparte, figura que tanto se le asemeja, ya que el imperio romano fué obra de varias generaciones, mientras que Alejandro y Napoleón, construyeron su propio imperio.

Segundo, la propagación de la cultura helénica hacia el Oriente, sentando las bases que hicieron posible posteriormente la integración de una cultura de carácter universal. Por eso con razón se ha afirmado que Alejandro, desde el punto de vista de la acción, representa lo mismo que Aristóteles, desde el punto de vista de la historia del pensamiento y de las ideas.

Tercero, el fin del particularismo de los pueblos de la Antigüedad, que trató de romper fomentando la unión de griegos y persas, estableciendo prácticamente el principio de comprensión y fraternidad entre los pueblos, que luego sirvió de fundamento al cristianismo y que aun es un ideal de la humanidad.

BIBLIOGRAFIA:

Plutarco: Las Vidas Paralelas.
Historia Universal dirigida por Walter Goetz, Tomo II.

DISCUSION

DR. MAÑACH: ¿Qué preguntas se les ocurren a ustedes acerca de esta conferencia del doctor Masó sobre Alejandro y sus conquistas? Como ustedes han visto, se trata solamente de las conquistas políticas.

SR. FRANCHI ALFARO: Doctor, yo quisiera saber eso que dice usted que Alejandro era un hombre culto. Según el biógrafo Tomás Lee, que de vez en cuando hace artículos (bueno, "Bohemia" toma artículos de él), Filipo le puso como preceptor a Aristóteles, precisamente por lo bárbaro y salvaje que era su hijo. ¿Hay algo de cierto en eso?

DR. MASO: Bueno, lo que yo he leído es que Alejandro era un hombre de bastante cultura para su época. Aprendió como Aristóteles. No llegó a ser, desde luego, un Aristóteles; pero, evidentemente, era un hombre culto de acuerdo con las ideas de su época.

SR. RUBEN REYNOSO: Antes de mi pregunta, quería hacer una aclaración. Viene magnífica la carta que leyó el doctor Mañach de esta señorita que cree que entre la historia antigua y la actual no puede haber ninguna relación. Mi pregunta es para demostrar la relación. ¿No cree usted que la desgracia de Alejandro fué haber sido el primer campeón del imperialismo del mundo?

DR. MASO: Bueno, no creo que esa fuera la desgracia de Alejandro. Es cierto, y comparto su criterio, y ya lo dije en la conferencia, que Alejandro es quien crea el primer imperio universal. El imperialismo de cierto aspecto, un imperialismo muy distinto al imperialismo actual o al imperialismo moderno. Pero en eso no estuvo la desgracia de Alejandro. Estuvo en que, cuando él ya llegaba a tener edad y madurez suficiente para poder consolidar y organizar su Imperio, fallece. Fallece sin dejar casi herederos, dejando una legión de generales, todos ellos de gran capacidad, y un imperio muy disperso, que lógicamente respondía a necesidades regionales. Eso fué lo que trajo como consecuencia la desorganización o la destrucción de la obra de Alejandro. Es mi opinión.

SR. ARMANDO HART: Doctor, ha dicho usted que Alejandro representa en el campo de la acción, lo que Aristóteles en el campo del pensamiento griego; y ha dicho, por otra parte, que Alejandro fué sanguinario, inclusive ha citado casos en que Alejandro mandó a matar a distintos amigos suyos. ¿Entonces usted cree que recibió de Aristóteles ese espíritu sanguinario, ese espíritu dictatorial?

DR. MASO: Es una pregunta muy interesante, y que tengo mucho gusto en contestar. Yo me imagino a Aristóteles y a Alejandro, como el maestro y el discípulo. El maestro enseña; el discípulo aprende. El maestro, por lo general, enseña todo lo que sabe; y el discípulo no aprende todo lo que sabe el maestro. Pero el maestro, además de eso que acabo de decir, no puede inculcarle al discípulo carácter y condiciones. Alejandro era sanguinario porque esa era su condición, su carácter.

Eso no se opone a la afirmación de que Alejandro representa en la acción lo que Aristóteles respecto al pensamiento. El pensamiento de Aristóteles era crear una universalización, es decir, reunir todos los conocimientos de la época. Alejandro lo que hace es reunir los pueblos de la época. Uno respecto al pensamiento, otro respecto a la acción, tienen cierta identidad, y a esa identidad es a la que yo me refiero.

SR. MANUEL GALINDO: Dr. Masó, hay algo muy curioso en su charla, que me interesa sobremanera saber. Dice usted que Alejandro recibió de Aristóteles las enseñanzas que los grandes maestros reservan solamente para sus discípulos. Bueno, la pregunta es ésta: ¿Esos grandes maestros a que usted se refiere son, en este caso, Aristóteles, o son, por ejemplo, los seres que según las enseñanzas de la doctrina esa conocida por teosófica, gobiernan al mundo, los maestros de sabiduría, que les llaman?

DR. MASO: Yo he sido bastante explícito en eso. Me he referido a la época de Alejandro. La ciencia antigua no era como la ciencia actual, una ciencia popular en cierto aspecto. Hoy día, ciertos conocimientos científicos superiores, como los de Eistein y algunos semejantes, no están al alcance del pueblo; pero, en general, todos los otros conocimientos están al alcance de cualquier persona; ellas mismas pueden con los libros, con las conferencias, con todos los medios de divulgación que existen en la actualidad, alcanzar los mayores conocimientos, dependiendo de su capacidad. Pero en aquella época, el conocimiento era de una clase escogida, y era lógico que los maestros, los que tenían el concepto de la ciencia, los que tenían los verdaderos conocimientos, no diesen la amplitud de todos esos conocimientos, más que a sus discípulos predilectos, porque la ciencia era en aquella época algo que distinguía a esos hombres de los demás y eso era consecuencia del carácter aristocrático de la época. Ese carácter aristocrático impedía que todos los conocimientos del maestro fueran a darse a todo el mundo, porque entonces la ciencia se popularizaba y se terminaba la diferencia que existía entre los hombres. La popularización de la ciencia y la popularización de los conocimientos ha sido una de las causas fundamentales de la desmocratización del mundo en la edad contemporánea.

DR. OSCAR LEDESMA: Yo quisiera saber, doctor Masó, si es cierto lo que se dice de que en Alejandro había características de homosexualismo y, además, si también en su carácter contradictorio, al lado de esas etapas de cólera que él tuvo y de aspecto sanguinario, también hubo otras de gran caballerosidad y generosidad en su carácter.

DR. MASO: En relación con la primera pregunta, viene bien, como decía el señor Reynoso, la carta a que acaba de referirse el doctor Mañach. La Historia tiene mucho de cuento. En la misma conferencia que yo he leído, he hecho mención de algunos cuentos, por hacerla amena. Esos cuentos es posible que sean ciertos o no, pero son la Historia, y así la

hemos recogido y así la tenemos. De la vida de Alejandro puede deducirse algo de eso; yo no he profundizado en ese aspecto, pero en historiadores antiguos, en Cantú, por ejemplo, se habla del afecto que Alejandro tenía a determinada persona. Es más, que cuando esa persona murió, él mandó a realizar una especie de hecatombe, y una ciudad que conquistó la mandó a destruir, matando a todas las personas allí. Con eso se confirma ese carácter sanguinario que tenía. Pero, además, es cierto que era generoso. Por eso digo que Alejandro es la transición de la mitología a la historia. Es un individuo de carácter mitológico; un individuo que está más allá del bien y del mal; grande en sus crímenes; grande en sus buenas acciones; grande en todo; y por eso todos los historiadores dicen que se le llama "Magno".

DR. MAÑACH: Bien, yo creo que ya con esto podemos cerrar nuestro capítulo de preguntas correspondientes a esta conferencia a reserva de las preguntas que después se hagan a los alumnos.

Rosario Rexach

El canto del cisne helénico

HAY una creencia tan antigua y arraigada como falsa, según la cual los cisnes cantan antes de morir. Se aplica la frase metafóricamente cuando hemos de referirnos a una realidad que da las últimas pero vigorosas muestras de su aliento vital. Así, el título de esta conferencia alude a aquel largo período de la civilización griega en que ésta, lentamente, fué perdiendo su original vitalidad y peculiaridad, para ir dando lugar al establecimiento de otras formas de vivir, de pensar y de actuar, en suma, de ser. Esta etapa, que por muchos autores es considerada como de decadencia, fué extremadamente larga, y a través de ella se sucedieron muchos estilos de vida, por lo que sería quizás un poco aventurado, en nuestra opinión, caracterizarla por un solo rasgo. Más bien, como ocurre en toda época de transición, y eso es lo que fué, un movimiento suave y ondulado recorre el curso de su historia, y al cabo, y casi sorpresivamente, se nos aparece que lo que constituía la esencia y razón de ser del hombre griego había sido sustituída por el hombre cristiano. Este dilatado proceso es conocido con el nombre de helenístico-romano, pudiendo señalarse en él dos fases principales. La propiamente llamada helenística o alejandrina, va desde la conquista de Grecia por Alejandro, en 323 A. C., hasta su transformación en provincia romana en el 146 A. C. Posteriormente se inicia la romanización de la Grecia, que culminará con el triunfo del Cristianismo y la caída del Imperio Romano de Occidente. Toca a su fin entonces la Edad Antigua y comienza la llamada Edad Media.

Como se ve, el período helenístico-romano, con que termina el mundo antiguo, se extiende desde el siglo IV A. C. hasta el siglo V. D. C. Es decir, más de ocho siglos. Por poca imaginación que se tenga, se comprende por este solo hecho que resulta muy difícil hacer una caracterización adecuada de esta época sin caer en exageraciones o vacuidades. Evitando eso, hemos de referirnos preferentemente, ciñéndonos al tema propuesto, a aquella parte que es la propiamente helenística, es decir, la que transcurre durante los tres siglos que precedieron a la era cristiana, o sea del 323 hasta el 146 A. C. en que Grecia pasa al dominio de Roma.

Y lo primero que debemos aclarar es por qué se llama este período "helenístico". El nombre fué sugerido por un historiador alemán para dar idea de cómo las conquistas de Alejandro llevaron aparejadas la helenización de todo el mundo entonces conocido. Ahora bien ¿qué caracteres es posible observar a través de esta larga etapa histórica? Vamos a ensayar dar una visión de los mismos.

Grecia, en el momento de su mayor auge, en el llamado siglo de Pericles y hasta un poco después y desde mucho antes, había centrado su vida alrededor de la ciudad, de la **polis**. Varias ciudades habían ejercido el predominio a través de su historia, y en el momento de su mayor esplendor fué Atenas la que poseyó más alto rango e influencia. Esta organización en torno a las actividades de la ciudad dió origen a una serie de características de la vida griega que no podemos entrar a discutir, pero que, sin duda, ejercieron influencia considerable en su ciencia, en su arte, y sobre todo, en su filosofía.

La conquista de Grecia por Alejandro variaría el cuadro. Perdida la libertad y la ciudad como centro de actividad comunal; extendidos inverosímilmente los confines del mundo, mezclados los hombres de cada ciudad con otros venidos de muy diversas latitudes, ampliados y mejorados los recursos económicos y el comercio y, por tanto, enriquecida a la vez que empobrecida la sociedad; quebrantada la fe en la razón y en el gobierno de los mejores, elevada la fuerza y el vigor físico a la categoría de valores dominantes en gran medida, rotos los diques de una vieja aristocracia que se veía de pronto suplantada por la irrupción de

nuevas capas sociales al dominio de la comunidad; desintegrados, en fin, los lazos de comunión o relación básica entre los individuos, nada de extraño hay en que el hombre, en que los mejores hombres, se vieran de pronto desorientados, desamparados, sin fe en la comunidad, y que se desinteresaran por ello de los destinos públicos de la misma, que ya daban, de alguna manera, por perdidos. Surge así, frente al hombre político que siempre había sido el griego, un hombre indiferente a la cuestión pública y principalmente ocupado de su destino individual. La política queda reducida al estrecho marco de un profesionalismo y mercantilización nada compatibles con el tradicional espíritu de Grecia. Y como la filosofía ha sido siempre muy sensible a estas pequeñas modificaciones de la historia, da la espalda entonces al problema de la ciudad, al problema de la comunidad, abandona la Metafísica y la Teoría del Estado y comienza a interesarse vivamente en los destinos del hombre como individuo que ha de subsistir en una sociedad ingrata y mal organizada. Aparece pues, la gran corriente eticista o moral del pensamiento griego, es decir, las llamadas "filosofías de consolación", que tienden a dar al hombre una orientación en la vida y un modo seguro y ameno para transitar por ella. Surgen así las grandes escuelas griegas de ética que aún, de alguna manera, reaparecen en el mundo a poco que sean similares las circunstancias de vida a las que rigieron entonces. Entre ellas, las más importantes son la escuela estoica y la escuela epicúrea.

Imposible resulta, dentro del reducido límite que permiten estas disertaciones, dar un concepto acabado de la honda significación moral de estas corrientes de pensamiento. Baste decir que, en rigor, a ellas cabe referir las dos posturas éticas fundamentales de todo hombre en lo individual. De un lado, los estoicos proclamarán que la naturaleza es enteramente racional y que el hombre es parte de la naturaleza, por lo cual, el modo de vivir feliz es vivir conforme a la racionalidad de la naturaleza, vivir conforme a la naturaleza, pero entendida ésta racionalmente. Si se medita sobre ello, se comprenderá por qué la ética estoica se aparta de la vida de los sentidos y hace residir la felicidad en un acuerdo de tal índole con lo natural y simple, que toda compli-

cación de orden social nacida del halago de los sentidos queda prescrita. Son pues, los estoicos, los dignos continuadores de los cínicos, una escuela de ética que surgió en tiempo de Sócrates y que proclamaba que la felicidad del hombre radicaba en la reducción de sus necesidades. El estoicismo es una ética de tipo intelectualista, en que se hipertrofia el valor de la sola razón para guiar los destinos humanos. De ahí que muchas veces, cuando los estoicos fracasaban en la aplicación práctica de sus normas, se inclinaran hacia la muerte, incluso hacia el suicidio, y que lo recomendasen en algunos casos como imprescindible. Por esta vía, la ética estoica viene a ser una ética de desesperanza, en el fondo escéptica de todo cuanto es. La escuela fué fundada por Zenón de Citium y más tarde fueron representantes de sus teorías el esclavo liberto Epicteto y el bien amado Emperador Romano Marco Aurelio. En Córdoba, la ciudad española romanizada, aparecería, en la misma época que Cristo, su más distinguido y singular expositor, Séneca, que tanta influencia ha ejercido en el carácter hispánico.

Frente a la escuela estoica surgirá otra corriente ética aún más individualista, si cabe, la escuela de Epicuro. Formada en torno a la personalidad encantadora y dignísima de su fundador, tenía un lejano antecedente en las doctrinas de Aristipo de Cirene, algo posterior a Sócrates. La ética de Epicuro postula que la felicidad para el hombre radica en el placer, y que éste ha de buscarse a toda costa. Sólo que se equivocan los que creen que el epicureísmo, nombre con que se conoce esta escuela, es una burda glorificación de la vida de los instintos. Bien al contrario: Epicuro, hombre de finísima sensibilidad y depurado buen gusto, aclara que una vida dada al mero goce de los sentidos depara más penas que placeres, por cuanto la enfermedad, el hastío y la saciedad invaden al hombre entregado a la vida instintiva solamente. El placer, para ser permanente y estable, a tono con la aspiración de todo hombre, ha de venir del disfrute moderado y sabio de los goces de la vida. Es decir, sólo la medida, la mesura, nos pone en el camino de la verdadera felicidad. No tuvo esta filosofía seguidores tan brillantes como los tuviera la escuela estoica, y merece sólo mencionarse en este sentido el

célebre poeta latino Tito Lucrecio Caro cuya obra se basará en las doctrinas de Epicuro.

Frente al individualismo de la ética, sin embargo, se va gestando despaciosamente en la mecánica diaria de la vida un nuevo sentimiento de comunidad entre los hombres, sentimiento hecho a base de la comprobación, que en un principio no podían concebir los griegos, de que todo hombre, por el solo hecho de serlo, merece la estimación de los otros. El contacto de las más diversas razas y civilizaciones produjo una especie de humanismo y de cosmopolitismo. La ciudad griega perdió de este modo también su exclusividad, y empezaron a surgir nuevos centros de actividad comunal, en que, por una interacción recíproca, Grecia aportaba su indudable madurez cultural, en tanto que los demás ofrecían una vitalidad más primaria y una actitud más ingenua y sana frente a la vida menos desgastada por una larga historia intelectual. De este modo surgieron los grandes centros de la cultura helenística que fueron Pérgamo, Antioquía, Rodas y Alejandría, de los cuales, Alejandría llegó a ser la más digna sustituta del esplendor ateniense.

Pero la cultura que tuvo su origen en estos centros difería notablemente de la clásica cultura griega, aunque se alimentase de ella. En primer lugar, no fué la originalidad, en su más genuina acepción, su nota característica, como se podrá colegir. Más bien fué un reelaborar e interpretar la cultura clásica, matizándola con la nueva sensibilidad que iba aflorando en la vida diaria. Así, el elemento humano individual de angustia, de dolor, de pasión y hasta de vanidad, que tan ajeno había sido al mundo clásico, haría su aparición. En el arte principalmente, surgirán estas notas. Son de entonces, como dice Mondolfo —un autor muy conocido— las obras atormentadas, en que el énfasis, la desmesura, la pasión y el lujo, tan propios de lo oriental, empiezan a revelarse en lo griego. Expresiones exacerbadas del sentimiento dan su carácter al arte de este período: recuérdese, si no, el Laoconte, la célebre escultura de un padre adolorido con sus hijos, por no citar más que un ejemplo, el más conocido. También son de esta época el Altar de Pérgamo y el famoso Mausoleo, erigido por el amor de una esposa.

Por las mismas o similares razones, la cultura en estos centros, carente de auténtica originalidad, deviene predominantemente erudita y formal. Una especie de virtuosismo aparece en todas sus manifestaciones, virtuosismo que es comprobable también en el arte, por lo que muchos críticos no están enteramente de acuerdo en la afirmación de que el arte helenístico sea decadente, ya que acusa una perfección formal raras veces igualada. Este formalismo y erudición de la cultura produce resultados en otras esferas. Así en la literatura se inicia lo que podríamos llamar la crítica literaria y la hermenéutica, o interpretación de los antiguos textos de poetas y filósofos. Comienzan entonces los estudios y las ediciones de Homero, entre otros. La famosa biblioteca de Alejandría es el centro principal de esta labor. La Ciencia es también objeto de concentrada y amorosa dedicación. La historia se desarrolla vigorosamente, y la Medicina, sobre todo, logra entonces un auge sin precedentes.

En tanto, la fisolofía vuelve su mirada a doctrinas anteriores reelaborándolas con mucha sutileza y genio. Hay como un renacer del espíritu filosófico y de nuevo comienzan a tener vigencia, en el cerrado recinto de las escuelas y sectas, las teorías de los antiguos maestros. Es decir, la filosofía, y con ella toda la cultura, abandona la polis, la plaza, el ágora, donde se reunía toda la comunidad, y se refugia en centros muy exclusivos en que se cultiva por unos pocos iniciados. De este modo cada día se hace más sutil y refinada pero, al mismo tiempo, más desvitalizada y menos influyente. Una actitud de admiración reverente al pasado la domina, y comienza el resurgir de viejas escuelas ya desde largo tiempo abandonadas. Reaparecen así el pitagorismo con su idea del número como origen de todo lo que es, y el platonismo en formas muy diversas. Los nuevos pitagóricos cuentan con varias figuras de menor cuantía, como Plutarco, el autor de las Vidas Paralelas, y entre los que vuelven devotamente a la vieja concepción platónica, nadie con más títulos para ser nombrado que Plotino, el célebre maestro de Filosofía nacido en Egipto, temperamento místico y poético por excelencia, que escribiera las célebres y bellísimas Enneadas.

Todo este renacer de las viejas doctrinas ocurre, sin embargo, muy tardíamente en la evolución de todo este proceso. Pues cuando estas tendencias florecen ya ha pasado Grecia a ser provincia romana y el Cristianismo está librando sus más rudas batallas por el imperio espiritual de su doctrina.

En tanto, la cultura, divorciada de los pueblos, no basta ya a orientar la vida comunal. Nuevos modos de economía y de convivencia han traído aparejada la necesidad de reglamentar la vida de estas inmensas comunidades según otros cánones que los privativos de la antigua ciudad griega, encerrada en sí misma, y apenas sin relaciones con otros pueblos. Aparece entonces, pues, el Derecho, esa gran conquista del mundo romano en lo formal, y que aún hoy es la matriz del derecho de gentes en todas las latitudes, como Grecia lo es de la Ciencia y la Filosofía.

Pero no basta el derecho bien organizado para que un pueblo se sienta feliz y estable en un mundo. Cierta zona de ideales comunes que hagan la vida digna de ser vivida y que nos permita la convivencia grata con los demás, en quienes no tengamos que ver enemigos embozados sino amigos dispuestos a cooperar, es algo que toda sociedad necesita para pervivir. Roma, ya muy avanzado el período, intentará hacer esta unificación de ideales.

Pero la vieja cultura formal, recluída en los centros más exclusivos, no se avenía bien a ello. Le faltaba el ímpetu vital que unifica y funde. Tampoco la filosofía adscrita a determinada secta anterior, pues ello excluía a los disidentes de la doctrina. Podría intentarse, es verdad, y así lo hizo Cicerón, el famoso tribuno romano, una filosofía que resumiera todas las tendencias, es decir, un eclecticismo que se aviniera con todas las doctrinas y satisficiese todos los gustos. Pero el empeño estaba destinado a no fructificar, como está destinado a no florecer ningún eclecticismo, ya que de suyo representa una posición cobarde, que por estar con todos, no se queda con ninguno. Parece paradójico, pero es así: sólo es capaz de arrastrar el corazón de un hombre como el aliento todo de un pueblo aquello que sentimos lleno de fe y pleno de confianza para triunfar sobre todas las incidencias, para arrasar con todos los obstáculos. Y el eclecticismo, de entrada, se declaraba vencido al aceptar que nada tenía toda la razón. Es decir,

no era más que un nuevo modo, más positivo sin duda, de hacer asomar al escepticismo, que venía royendo desde varios siglos antes el mundo de las postrimerías de la Antigüedad y que había tenido representantes tan autorizados como Sexto Empírico. Escuela, por cierto, de la que no hemos hablado deliberadamente, pues si bien constituye, quizás, el aporte más serio desde el punto de vista técnico a la filosofía y a la ciencia en estos siglos, tiene, en cambio, un carácter tan específico, que no creemos necesario hablar de ello en un curso de esta índole.

Pero el escepticismo, por mucho que se diga, no puede ser actitud permanente en los hombres que aspiran naturalmente a vivir... Se quiere, lo quieren todos los hombres, una fe por qué combatir y una esperanza en que poner el sueño. ¿Qué de extraño hay pues, en que las tendencias místicas, de escape a un mundo ideal y perfecto, florecieran entonces como en el caso Plotino...? ¿Qué de extraño en que el sentimiento religioso, que traía una nueva fe, se expandiera de los modos más diversos?; ¿cómo sorprenderse, en fin, de que fuera el Cristianismo al cabo, la religión triunfante, que trajese al mundo una nueva tarea cuando era, históricamente, la más propicia para ello, ya que fundía todo el milenario saber conceptual de la Grecia con aquel mundo nuevo de la sensibilidad para lo divino y lo humano que se había ido gestando tan lentamente...?

Mediten sobre ello nuestros hombres de hoy. Pues si alguna esperanza me ha alentado en el curso de este trabajo es la de que quizás, por la similitud de aquel período con nuestro momento histórico, se vea más claro ahora que nuestro mundo de hoy debe mirar en lontananza hacia una nueva síntesis de lo que hemos sido hasta aquí y de algo nuevo. No puedo dejar de pensar que en la lejanía ha de aflorar esta síntesis en que todos, otra vez, nos sintamos participantes de un destino común, y en que, alejados de todo sectarismo, todos trabajemos por dar al hombre, a todos los hombres, un mejor disfrute de su dignidad.

DISCUSION

DR. MAÑACH: Y ahora, pasemos a abrir el interrogatorio de la doctora Rexach. A ver, ¿quiénes desean hacer alguna pregunta?

DR. RAFAEL SARDIÑAS: Dra. Rexach, me siento muy agradecido por haber vuelto a escuchar una lección más suya, y asimismo recibir una de las semillas encapsuladas que siempre son sus conclusiones. La pregunta es ésta: ¿Considera usted que a pesar de la preponderancia que da a los sentidos la escuela de Epicuro está fundada también en una hondísima fe en la razón, como la escuela Estoica, en la razón del hombre para ponderar el testimonio de los sentidos?

DRA. REXACH: Bueno, yo estoy sustancialmente de acuerdo con usted. Yo no creo que el mundo antiguo se haya escapado nunca decididamente a la fe en la razón; sólo que hay dos modos de hacer funcionar la razón. Un modo es la razón que funciona equilibradamente, desde el centro de la vida misma. Hay individuos naturalmente ponderados sin que funjan en el ejercicio de su razón, y hay individuos que ponen su razón al servicio de su vida de una manera muy deliberada. Yo diría que los estoicos son los que usan deliberadamente de la razón para medir, para mesurar y ponderar su vida, y que los epicúreos, auténticos, no ficticios, son los que tienen un natural disfrute del equilibrio vital que siempre vienen de cierto uso racional de todas las potencialidades del hombre.

DR. LITERAS: Dra. Rexach, al escuchar su interesantísima y bellísima conferencia, me parecía advertir un paralelismo extraordinario entre esos doscientos años a que usted se refería, el canto del cisne helénico, y estos dos últimos siglos desde 1750 al 1950, que vivimos actualmente. Me parece entender que entonces como hoy, existía una especie de carencia de asideros en la vida, una falta de fe, una dispersión de las fuerzas vitales de la razón y el espíritu; y quería saber si, a juicio de usted, ese período, como éste, es un período de decadencia, y en qué consiste precisamente esa decadencia, es decir, si ese paralelismo existe, y usted lo subrayó en sus últimas palabras, si esta época nuestra puede asemejarse a aquélla, y llamarse una época de decadencia por falta de facultades creadoras del mundo actual.

DRA. REXACH: En primer lugar, sí es verdad que creo firmemente que nuestro período histórico, pese a lo que afirmaba en sus primeras palabras el doctor Mañach, tiene extraordinaria similitud con ciertos momentos del período helenístico-romano. A mí no me gusta usar la palabra decadencia para ningún fenómeno vivo, y la Historia es un fenómeno vivo. Lo que pasa es que la Historia se va haciendo de pequeños detalles y de pequeños momentos, y los hombres nos enamoramos de la gran cumbre que se hace con esos pequeños momentos; pero yo no veo cómo pudo haber ocurrido el siglo de Pericles en Grecia, si no hubiera habido todo aquel otro período anterior que condujo al clasicismo, y también digo que no veo cómo hubiera podido producirse el esplendor que en cierto momento tuvo la Edad Media, sin ese sedimento hondo, de largos siglos, que fué el período helénico. Por eso no me gusta usar

la palabra decadencia. Ahora bien, con respecto a la similitud, yo quiero decir lo siguiente. Aquel período tuvo ocho siglos; tardaron ocho siglos los Hombres en afinar su sensibilidad, en encontrar nuevos modos de vida, en restructurar nuevos esquemas de pensamiento, y hoy yo creo que, después del gloriosísimo y tantísimas veces alabado siglo XIX, no en Cuba, sino en todo el mundo en general, que fué el apogeo, pudiéramos decir, el ápice, de todo un movimiento cultural, se ha iniciado, desde fines del siglo pasado y en éste, un período que parece de decadencia, de quiebra, de muchas cosas, pero no de quiebras totales. Yo tengo fe absoluta que esa quiebra no es más que el romper aquellos viejos moldes para enriquecer con una nueva forma de vida una historia futura. Lo que ocurre es que los hombres somos muy vanidosos, y por tanto muy poco humildes, y quisiéramos que todo el proceso de restructuración de ese nuevo estado histórico, de esa nueva situación o de esa nueva vida, se cumpliera en el corto período de nuestra vida individual, y miramos con prisa y con desesperación que nace de la prisa, que no se acaban de arreglar las cosas de este mundo en este mismo momento de nuestra vida. Yo creo que la actitud histórica correcta es no ver con demasiado pesimismo lo que está ocurriendo, porque no es más que el desmoronamiento y la quiebra de viejos moldes que son ya muy estrechos para la riqueza que se ha acumulado; propiciar, en la medida de lo posible, una conciencia flexible y un corazón abierto a nuevos valores y a nuevos saberes, y poco a poco confiar en que la sabiduría de la vida y la historia es tal, que de aquí saldrá otra cosa mejor. Ahora, eso sí, humildemente reconozcamos que no lo vamos a ver nosotros.

SR. OTTO JAHKEL: Dra., usted al final de su conferencia afirmó que el cristianismo fundió toda la ciencia de Grecia. Yo quiero decirle si lo fundió en hogueras, como la de la Biblioteca de Alejandría que duró seis meses y pico, que los cristianos la estuvieron quemando.

DRA. REXACH: En primer lugar, a mí no me toca aquí tratar del cristianismo, pero respondo con mucho gusto a su pregunta. Yo no creo que un hecho externo, como es el incendio de la Biblioteca de Alejandría, dicte en definitiva su veredicto sobre ningún hecho histórico. El Cristianismo fué un movimiento, y lo primero que hay que decir es que tuvo una raigambre popular tan honda que hoy a nosotros, hombres del Siglo XX, cuando el cristianismo es una forma histórica al parecer quebrada (digo simplemente "al parecer"; pudiera ser que no), nos cuesta trabajo suponer que el cristianismo en aquel momento fué una bandera de enganche de las grandes masas empobrecidas de aquellas nuevas sociedades, por encontrar un destino mejor en el mundo. Pero, fué revolucionario en aquel momento, y todas las revoluciones en su día han tenido actos de violencia; ese de la biblioteca de Alejandría fué uno. Ahora bien, eso no es lo que da su veredicto. El veredicto lo da que el cristianismo serenó, por un tiempo, formas de vida en que todos los hombres

se sintieron convivir otra vez en un destino común, y dió arraigo, dió serenidad, dió estabildad de tal modo, que la Edad Meda va a durar diez siglos. Es decir, pasarán diez siglos hasta que vuelva otra vez una crisis a conmover el mundo de entonces.

DR. BEGUEZ CESAR: Dra. Rexach, si yo no he oído mal, usted dijo que el pueblo romano había reelaborado la doctrina griega. Contésteme antes previamente esa pregunta, porque de ahí depende la otra.

DRA. REXACH: Bueno, yo no recuerdo haber dicho en mi trabajo eso. Roma, en contacto con la Grecia, tomó muchos eiementos de la Grecia en su cultura. No podía reelaborarla sola y simplemente por esto.

DR. BEGUEZ CESAR: ¿Qué hizo entonces?

DRA. REXACH: Bueno, la aprovechó, era un sedimento, se formó en ella, que es distinto a reelaborarla; se formó en ella, y dió nuevos productos originales, como su derecho y como sus formas políticas. Como el hijo no repite a su padre, Roma no repitió a Grecia, hizo otra cosa enteramente original y distinta.

Carlos Iñiguez

El poder que fué Roma

EL tema que me ha tocado desarrollar en este ciclo, por muchos conceptos admirable, de la Universidad del Aire, se titula "El Poder que fué Roma"; pero —si hemos de estudiar los hechos con criterio científico, es preciso indagar primero, por qué y cómo llegó a serlo.

En el siglo IV, A. C., al referirse un discípulo de Aristóteles a Roma, la menciona como "una ciudad helénica situada en un sitio cercano al Gran Mar". Varios siglos después, la pequeña ciudad, había pasado del dominio total de la Península a la destrucción de Cartago —la primera potencia mediterránea—, podía llamar a ese mar el **Mare Nostrum;** y, finalmente, realizaba el sueño de imperio universal en el que habían fallado cuantos predecesores lo intentaron.

Sin ser partidarios del determinismo geográfico, creemos que no puede prescindirse de los factores de este tipo al explicar las causas que produjeron aquel resultado. En primer lugar, la situación geográfica. Roma fué fundada hacia el centro de la Península, por una rama de los pueblos indogermánicos que se había establecido en la llanura del Lacio y sobre la colina en que había de asentarse el Capitolio. Bordeando la llanura, habitaban numerosos pueblos del mismo origen que los romanos, los que fueron ocupando las elevaciones vecinas hasta formar la ciudad de las Siete Colinas.

Realizada la fusión de los habitantes de las colinas, bajo la hegemonía de Roma, empezó el llamado período monárquico, del

que apenas tenemos escritos, porque se sabe que los primeros gobernantes procedían de uno de los dos focos de cultura existentes en Italia: la Etruria. El otro foco se hallaba situado al Sur de la Península y recibía el nombre de Magna Grecia. Casi a la mitad de este doble foco cultural y a orillas del Tíber, que la ponía en rápida comunicación con el mar; y limitada al Este por los Montes Apeninos, poseía un camino abierto hacia Occidente y una verdadera muralla hacia el Oriente: esta circunstancia debía ser decisiva en la dirección de su movimiento conquistador y colonizador. Otro factor que fué acicate permanente de la expansión romana y del crecimiento de su poder, lo constituye el desajuste provocado por la desigualdad social. Cada nueva y potente individualidad que surge en el escenario histórico quiere resolverlo por el camino del reparto de tierras a los desposeídos, y, para ello hay que continuar la obra de la Conquista.

Los descendientes de las familias fundadoras de Roma formaban la clase patricia. Los extranjeros, la clase plebeya. Sin el apoyo de estos últimos era imposible la realización de los planes concebidos por los primeros y, por eso la lucha inevitable que entre ellos se entabla, se caracteriza por una serie de concesiones en favor de los desposeídos. Sucesivamente los plebeyos van alcanzando el tribunado, la igualdad civil, la igualdad social y, finalmente, se realiza un intento para liquidar el grave problema con las leyes Licinianas, cuyos puntos fundamentales son:

1. "Uno de los cónsules debía ser plebeyo".
2. "Ningún ciudadano podría poseer más de 500 yugadas (unos 250 acres)".
3. "Durante tres años no se podrían cobrar las deudas y los intereses ya pagados se descontarían del capital adeudado".

Si la clase patricia hubiera cumplido estos tres puntos habría sido posible la armonía y la convivencia entre ambos elementos sociales. Pero los nobles continuaron usufructuando el **ager publicus**, sin darles acceso a los que a su lado luchaban y morían por el engrandecimiento de Roma, por la sola condición de su nacimiento. Y en el foso que esta injusticia provoca, aparte de una causa perenne de expansión, encontramos el mal que haría desaparecer la República.

La debilidad interna se intentó aprovechar por los pueblos itálicos, etruscos y griegos; pero merced a su formidable organización militar, basada en la legión, pudo Roma, no sólo rechazarlos, sino iniciar la conquista sistemática de sus vecinos. Con la toma de Veyes, dió un paso en firme hacia la dominación de Etruria. Después voló en auxilio de las ciudades de la Campania, amenazadas por los samnitas, y, al cabo, los romanos quedaron vencedores. Sólo faltaba la conquista de la Magna Grecia para terminar la unificación de Italia, y en la desunión y discordias locales encontró Roma circunstancias favorables a sus designios. Además, la mayor parte de estos núcleos urbanos, atentos sólo a su desarrollo comercial e industrial, carecían de ejércitos que oponer a sus formidables rivales. Sin embargo, ante las perspectivas de invasión, Tarento, llamó en su auxilio a Pirro, rey del Epiro. Este soñaba con restaurar el antiguo poderío helénico, pero tras una lucha memorable abandonó Italia; Roma capturó la plaza de Tarento y logró consumar el dominio entero de la Península.

La extensión del poder de Roma a toda Italia, puso al mundo antiguo en una situación semejante al momento histórico que ahora vivimos. Se avecinaba el choque entre las mayores potencias mundiales y los destinos de la humanidad estarían a merced del vencedor. Tres guerras fueron necesarias para decidir el conflicto.

Cartago dominaba una mayor extensión territorial, tenía un poder naval considerablemente superior; y su economía era más floreciente; pero su ejército estaba constituído por mercenarios. Roma, en cambio, era una potencia terrestre, con el mejor ejército del mundo, tanto por su organización como por sus cualidades: era un ejército nacional.

Durante la primera de las llamadas guerras púnicas, el pueblo de rudos campesinos comprendió la importancia del poder naval; sin una flota, era imposible derrotar a su formidable enemigo. En sólo dos meses construyó 120 navíos. Es verdad que el militar rústico había recibido lecciones de navegación de sus vecinos, los etruscos, pero hay que abonarles, además de la rapidez del aprendizaje, el talento creador: concibieron una nueva táctica naval. Un garfio y una plataforma, colocados en la proa de la nave romana, aprisionaba a la enemiga y el combate se ventilaba

entonces como en tierra, donde el romano tenía una incontrastable superioridad.

Siéndole adversa la lucha en Sicilia, Roma decidió, en un supremo esfuerzo, aumentar su flota. Por suscripción pública se construyeron 200 bajeles; y el choque de las Islas Egadi, abrió a los romanos el camino del Africa. Cartago decidió pactar. Abandonó Sicilia y prometió una crecida indemnización.

Tras Sicilia, Roma dominó Córcega y Cerdeña; y, para asegurar sus nuevos dominios, siguió la construcción de sus famosas vías militares, que se completaron con la utilización de nuevas y más numerosas rutas marítimas. El Mediterráneo iba a ser en lo adelante la columna vertebral del vigoroso Estado, y comprendiéndolo, los romanos engrandecieron tesoneramente su poderío naval.

Cartago, en cambio, no aprovechó la lección de su derrota. Por eso, cuando Aníbal decide invadir a Italia, tiene que hacerlo por tierra; y no importa que el heroísmo y la decisión de este capitán vencieran todos los obstáculos impuestos por la naturaleza; no importa que derrotara en tres batallas a los ejércitos romanos y que, en Cannas, tras una maravillosa capacidad estratégica, sepultara a la flor y nata de la juventud romana. Al cabo, la guerra sería llevada por los romanos al Africa y, en Zama, se extinguiría para siempre la buena estrella de los cartagineses.

Con un nuevo pretexto Roma invadió Cartago; y, pese a la heroica resistencia, destruyó a su rival. El duelo entre arios y semitas terminaba con el triunfo de los primeros. Para Roma, "fué el viraje esencial de su desarrollo histórico". Ya sin obstáculos, las legiones invaden como una marea toda la cuenca del Mediterráneo. Sucesivamente domina Grecia, Macedonia, Siria, todo el Norte de Africa, España. Para establecer una conexión terrestre entre España e Italia, conquistan la Galia Cisalpina; luego le tocó el turno al país del Ródano. (Languedoc, Provenza y Delfinado).

"Roma se nos presenta como una síntesis de Esparta y Atenas, pues combinaba una disciplina militar con el poderío marítimo y el comercio". Pero no podía salir de este círculo vicioso: aumentaba su poder y conquistaba para solucionar la crisis in-

terna; y ésta se acentuaba y asumía nuevos caracteres a medida que se realizan las conquistas. Ahora que el Estado Terrícola puede llamar al Mediterráneo, "mare nostrum", se intensifica el desajuste social interno con un nuevo elemento: el latifundio.

Las nuevas tierras conquistadas se repartían entre los veteranos, pero principalmente entre la clase aristocrática dominante. Junto con cada general victorioso regresaban a la Península millares de esclavos destinados a arruinar a los trabajadores libres. Las tierras públicas eran aprovechadas casi exclusivamente por los ricos, porque sólo éstos poseían el capital suficiente para explotarlas. De esta manera, el pequeño propietario contraía deudas y terminaba vendiendo su escasa heredad, que después ensancharía las propiedades, cada vez mayores, en manos de uno: los latifundios. Muchos veteranos antiguos propietarios, marchaban a la ciudad para aumentar la plebe urbana. Esta también recibía en su seno al hijo del soldado que en lejanas tierras combatía por Roma, despojado por la clase aristócrata, después de envolverlo en largas controversias jurídicas. La clase media, responsable directa de la grandeza adquirida por la Gran Ciudad, había desaparecido, y entre sus elementos sociales sólo podía encontrarse una extrema opulencia y una extrema miseria. Ambas, como es sabido, son contrarias a la virtud.

El noble esfuerzo de los Gracos, con su reforma agraria, para reconstruir la clase media, fué desoído por la aristocracia, negada a perder sus privilegios. Tiberio, el mayor, fué asesinado; y Cayo terminó en el suicidio.

A partir de entonces, el suelo romano se tiñe de sangre. Una y otra vez el mando oscilará, de una a otra clase, en aras de una solución que, como el espejismo, huía de quienes la buscaban. Las luchas entre Mario y Sila y los dos Triunviratos, son meros episodios de esta profunda crisis, que sólo podía terminar con la desaparición de la República. Mas, en medio de estas circunstancias, por ellas, más correctamente, la expansión continuaba. Sila llegó hasta el Ponto, y Pompeyo, hasta el Eufrates. César, una vez que logra el Consulado, actúa bajo idéntica presión, y si sueña con la conquista de las Galias es, en gran medida, porque acaricia el proyecto de nuevas tierras para la numerosa plebe de

Roma. Quiere apuntalar el gran edificio cuyos cimientos amenazaban ruina. De ahí, las leyes agrarias concediendo tierras a las familias de más de tres hijos. Combatido por la aristocracia quiso un poderoso ejército, fiel a su mandato, para que fuera sostén de las inaplazables reformas. Ocho campañas, prodigio de valor y de estrategia, le permitieron someter las Galias y situarse entre los más grandes capitanes de todos los tiempos. La civilización alcanzó hasta el Rin e Inglaterra.

A su regreso, triunfante de las intrigas de Pompeyo, César concentró en sus manos todas las magistraturas republicanas. Entonces, continuó sus reformas: sustituyó por funcionarios responsables a los antiguos y rapaces gobernadores de provincias; dió cabida a 300 nuevos senadores de la Galia; realizó grandes obras públicas en España, Grecia y Asia; exigió el empleo del trabajo libre entre los grandes latifundistas. Así disminuyó la población ociosa y se empezó a gozar de esperanza, bajo un régimen de paz y de trabajo. Pero el Senado y la oligarquía dominante, no estaban dispuestos a renunciar a sus privilegios; y, cuando César estaba a punto de realizar su sueño de reorganización y reconstrucción, cayó bajo el puñal de los conspiradores.

Su pensamiento fué recogido por Octavio. Este, vencedor de Antonio, a quien acusaba de aspirar al establecimiento en Roma del despotismo oriental, regresa a la Ciudad, y mientras concentra en sus manos las viejas magistraturas republicanas, anuncia pomposamente que ha salvado la República. Se le proclama Augusto "el más venerable", "el sublime". Y la República se ve transformada en Imperio.

El nuevo gobierno difería de todos los demás gobiernos tradicionales con base religiosa y podía considerarse una prueba de la tendencia secularizadora y humanizadora de la historia romana. Con Augusto el poder de Roma alcanzará su altura cimera; pero las contradicciones internas lo minan, en el momento mismo de su máximo esplendor. Como César, tiene que darle atención preferente al problema del reparto de tierras entre sus veteranos. Envió a Cartago más de 3,000 colonos y en un año tuvo que esparcir por el imperio 120,000 más.

Este poder, rebajó en las viejas monarquías helenísticas la cultura superior, con la supresión de las aristocracias tradicionales; pero mejoró la condición de las clases inferiores, con la decapitación de las cortes parasitarias. La carga necesaria para sostenerlas, era muy superior a los impuestos que se debían pagar a Roma.

El total de pueblos sometidos, pasaba de los 80 millones. Roma llevó a ellos: sus grandes construcciones, sus termas, sus circos, sus acueductos, su pan barato, sus repartos de aceite, de trigo y sus fiestas. A medida que las muchedumbres gozaron de esta vida más rica y refinada, se asociaron a todas las autoridades e instituciones que le permitieron gozar de ella. Así, entre la superior cultura y los beneficios económicos, realizaron el milagro de cohesionar y mantener unidos a pueblos de razas, costumbres, y tradiciones culturales tan heterogéneos.

En resumen. Si el poder material de un pueblo se mide: a) por su dominio territorial; b) por su fuerza militar, y c) por su vigor económico, es preciso reconocer que el poder de Roma fué superior al de todos los pueblos que la habían precedido.

Territorialmente abarcó más de 4.000,000 de kilómetros cuadrados: una superficie más de dos veces superior al Imperio de Alejandro. Bajo su dominio se encontraban, con la sola excepción de India, China y Persia, todos los pueblos civilizados del mundo entonces conocido. Desde el Rin hasta el Desierto de Sahara, de Norte a Sur, y desde el Eufrates hasta las riberas del Atlántico, de Este a Oeste, se extendía este imperio, "regido por el primer derecho secular, sistematizado y amplio que registra la Historia".

Su fuerza militar, la legión, no reconoció opositores mientras los valores morales que la impulsaban fueron mantenidos. La disciplina férrea y el amor por el engrandecimiento de Roma, fueron su acicate; "servir en el ejército no era profesión, sino deber de todo ciudadano". La legión llegó a contar con 6,000 hombres mandados por un cónsul. Comprendía 300 jinetes, divididos en 10 escuadrones de 30 hombres; 10 cohortes de infantería, cada cohorte con tres manípulos, y cada manípulo con dos centurias.

El armamento usado por esta organización militar era el más mortífero entonces conocido. Comprendía el pilum, el gran escudo, la armadura, la espada de doble filo y la lanza. El pilum era un arma arrojadiza de gran efectividad, que se extendió a las dos primeras filas en línea de combate. La legión jamás acampaba sin atrincherarse, y eran formidables tanto su capacidad defensiva como ofensiva. Por eso, cuando se enfrentó con la falange, eclipsó para siempre el brillo de este organismo militar, que tan famoso hiciera a Filipo II de Macedonia. Sólo cuando los vicios del Oriente se adueñaron de Roma, esta tropa ejemplar, perdidos los ideales, y resquebrajada la disciplina, empezó a clamar "por un servicio menos penoso y un sueldo más elevado".

La derrota de Varo puso un contén a la política expansiva de la aristocracia romana, y un ansia de paz se apoderó de todas las conciencias. Augusto, interpretándola, estableció su famosa paz octaviana. A la sombra de ella se vió comenzar en todo el imperio una maravillosa prosperidad material. La relación entre las comunicaciones terrestres y marítimas se aprovechó ahora como nunca antes se había hecho, y los hombres de los más apartados rincones de aquella vasta organización, intercambiaban, a la par que mercancías, costumbres e ideas. Hubo una especie de consigna de que ningún recurso natural permaneciese ocioso; y junto al resurgimiento de las tres viejas regiones industriales de Egipto, Siria y Asia Menor, se excavaba la tierra en España y la Galia, en busca de materias primas minerales, como el oro, la plata, el estaño, el cobre y el mercurio. En estas tierras de rudos y bárbaros montañeses se veía florecer la industria textil, se inventaban nuevos tintes, a base de vegetales, para la construcción de la famosa púrpura que debían consumir las clases pobres de la opulenta Roma. Y la Galia, atrasada y bárbara, se convirtió por esta migración cultural del Oriente, en centro metalúrgico y textilero. La misma transformación se notaba en la agricultura; viejas prácticas, procedentes de Egipto o de Italia, se divulgaron entre los campesinos galos, que ahora no sólo podían pagar los tributos a Roma, sino que recibían de ésta, a cambio de sus mercancías, parte del numerario sacado de otras provincias en forma de tributos.

El auge del comercio, limpios los caminos marítimos de piratas y los terrestres de bandoleros, acompañó al desarrollo agrícola e industrial. Los privilegios de antiguos potentes comerciantes, fueron suprimidos, y el Mediterráneo vió surgir un régimen comercial muy parecido al libre cambio que más tarde motivara la prosperidad de Inglaterra.

Y en este vasto imperio tan disímil hubo una fuerza unificadora producida por los intereses económicos, superior a cualquier sentimiento de liberación. Por eso pudo subsistir durante siglos, a pesar de la incapacidad de la oligarquía dominadora, encenagada con los vicios orientales. Mas, con su extraña mezcla de mal y de bien, es válida la afirmación de que fué "la sólida subestructura sobre la que se ha levantado la civilización posterior del Occidente europeo".

BIBLIOGRAFIA:

Cioli Lionello: Historia Económica.
Antigüedad y Edad Media.

Wells H. G.: Esquema de la Historia.

Marrero, Leví: Tomo I.—Historia Antigua y Medieval.

Ferrero, Guglielmo: Grandeza y decadencia de Roma.

DISCUSION

DR. MAÑACH: Vamos a ver queé preguntas les sugiere a ustedes esa conferencia del doctor Iñiguez.

SR. OTTO JAHKEL: Me pareció oirle que Julio César había conquistado a Inglaterra. ¿No fué que César dejó eso encargado en su testamento?

DR. IÑIGUEZ: Pero también César, a pesar de dejarlo encargado en su testamento, realizó una campaña que llegó a Inglaterra.

SR. JUAN VAZQUEZ: Doctor, yo quisiera, ya que habló del latifundio, que aclarara más lo que significó el latifundio romano, inclusive en el orden moral, lo que produjo la caída del imperio romano.

DR. IÑIGUEZ: Voy a aclararle en seguida. Hemos dicho que a medida que los generales victoriosos regresaban a Roma, lo hacían trayendo una gran cantidad de esclavos. Una sola campaña produjo a Roma 150,000 esclavos. Es lógico, que el trabajo que se realizaba a base de esclavitud, tenía que ser un trabajo cuyo precio resultara inferior a un trabajo re-

munerado. Como resultado de eso, los que trabajaban con un trabajo a base de esclavitud, tenían productos de precio inferior a los que trabajaban con obreros de trabajo libre. El resultado es que la producción empezó a ser más barata para los que tenían la oportunidad de trabajar con esclavos. Por otra parte, los dueños de grandes extensiones superficiales las iban aumentando cada día, porque al no poder el individuo que tenía una pequeña propiedad competir con el gran productor, empeñaba su tierra y terminaba vendiéndola. Por otra parte, esa misma clase dominante es la que tenía a su favor los órganos de la justicia. Envolvían a los infelices en numerosos pleitos por problemas de límites, y el resultado total de todo eso era el siguiente: que se iba destruyendo la pequeña propiedad romana y con ella la clase media romana, que había sido hasta entonces la más virtuosa y la sostenedora de los grandes éxitos de Roma. Los ricos iban siendo cada vez más ricos, y los pobres cada vez más pobres. Era una sociedad de extrema opulencia y de extrema miseria, y ni la extrema opulencia ni la extrema miseria han sido nunca favorables a la virtud. La virtud era muy escasa, lo mismo en una parte que en la otra. La plebe aumentaba en Roma y los grandes latifundistas aumentaban también, y el resultado es que toda la península vino a estar en manos de menos de dos mil propietarios. Esos eran los dueños de toda Italia. Las consecuencias morales, ésta que estoy diciendo; que el que no tenía nada de qué vivir iba a Roma a que lo alimentaran y a vender su voto, que era decisivo en todas las elecciones, a vender el voto, cosa que ha sucedido en otros pueblos que no son Roma, y cuyas consecuencias han sido las mismas; y llevando el asunto a nuestros días, podemos afirmar que el latifundio ha perdido a otros pueblos que también no son Roma.

DR. MAÑACH: La diferencia inicial entre patricio y plebeyo, doctor, ¿era de raíces puramente económicas?

DR. IÑIGUEZ: Yo creo que raíces más bien de sangre y de fundación. Cuando, el patricio vino a ser el individuo descendiente de las familias fundadoras, que habían fundado a Roma, y el plebeyo: el extranjero. Ahora, en una reforma que se hizo durante el gobierno de Sergio Tulio, ya la división no fué solamente por el nacimiento, sino más por la economía, y entonces parte de la clase patricia vino a estar integrada por los nuevos ricos. Después de Sergio Tulio empieza la división a no tener por base estrictamente el nacimiento, sino la situación de cada uno.

SR. ARMANDO HART: Doctor, le oí decir que había cierta similitud entre la caída del imperio romano y el proceso social actual, y uno esto con unas palabras de usted ahora. ¿Usted atribuye a la caída del imperio romano la concentración del capital, o sea el individualismo excesivo que llegó a tener ese derecho romano?

DR. IÑIGUEZ: No recuerdo haber dicho eso. Usted se refiere al latifundio, la relación entre el latifundio y...

SR. ARMANDO HART: Usted ha dicho que aumentaron en poder los ricos, al mismo tiempo que aumentó la pobreza de los pobres.

DR. IÑIGUEZ: Bueno, sí, estoy de acuerdo en parte con su observación, y mi impresión personal es ésta. Si el mundo actual no logra una explotación más adecuada de los productos naturales, con la técnica que en estos momentos ha alcanzado la humanidad, pero para el mayor número posible de pueblos; la distribución de lo que se produce realiza con más equidad de lo que hasta ahora se ha hecho, subrayo, sin necesidad de llegar al extremismo comunista, subrayo eso, la humanidad se verá envuelta en conflictos que acaso terminarán en una situación peor que la del imperio romano. Esa es mi impresión personal.

SR. DAGOBERTO CANTERA: Dr. Iñiguez, yo quisiera hacer una pregunta con relación a la influencia ejercida por el desarrollo industrial de Roma y Grecia, ¿qué influencia cree usted que ha ejercido en el desarrollo industrial de nuestros días?

DR. IÑIGUEZ: La influencia de Roma y de Grecia en el desarrollo industrial actual es muy remota, porque los métodos de que se vale el hombre de hoy para la explotación industrial son mucho más perfeccionados de los que pudieron emplear los romanos o cualesquiera de los pueblos sometidos a ellos. Sin embargo, hay un hecho concreto, que es éste; la minería, en España, fué explotada por el romano con tanta intensidad que las minas de oro, las minas de plata, el estaño de Inglaterra, el cobre de España, todo eso producía anualmente unos cien millones de dólares, datos que ustedes pueden encontrar en cualquier libro de geograffía económica, donde se hable del proceso histórico. Pero, no hay que buscar una influencia directa sobre la forma de explotación de Roma o de Grecia con respecto a nuestros días, excepto en lo que se refiere a los grandes latifundios. El hombre de hoy ha adquirido un dominio sobre la naturaleza muy superior al que el romano o el griego pudieron adquirir.

OYENTE: Una pregunta, doctor, ¿qué fué lo que determinó que la expansión griega se limitara durante tanto tiempo al sur de Italia y que no subiese la colonización al norte de la Península, hasta que se conquistó a España?

DR. IÑIGUEZ: El pueblo etrusco que vivía al norte de la llanura del Lacio, era un pueblo marítimo comercial, de un poder naval tan grande o superior al de las ciudades de la magna Grecia; y cuando se produjeron las rivalidades entre los dos, entre etruscos y habitantes de la magna Grecia, los etruscos buscaron auxilio de los cartagineses, y los pueblos de origen griego tuvieron necesidad de replegarse y conformarse con el extremo sur de la península. De modo que a mi juicio su detención estuvo en el choque con Etruria, cuyo origen no es seguro, pero hay historiadores que los identifican con los cretenses. Hay opiniones actuales que consideran que el pueblo etrusco tenía esa gran capacidad y ese gran poder naval precisamente porque descendía de la tarsocracia egea.

Vicentina Antuña

El legado romano a la civilización

EL Imperio Romano, "la organización más poderosa que conoció la Antigüedad, (V. Chapot), durante los tres siglos y medio en que conservó su vigor, ejerció una función unificadora y de pacificación, gracias a sus sistemas administrativos, y de explotación infinitamente variados y adaptables a los diversos caracteres de los territorios y pueblos que comprendió.

Como todos los imperios que en el mundo han sido, el Romano no nace con fines generosos de expansión cultural y de mejoramiento social, sino con designios de lucro, de explotación y de dominio; pero, como consecuencia natural de su establecimiento, se produce la romanización del mundo antiguo. Sobre si esa romanización resultó un bien o un mal para la humanidad se han formulado los juicios más variados que van desde los que no regatean una admiración sin reservas a la obra realizada por Roma, hasta las acerbas críticas de Littré, para quien "César sólo creó una decadencia terminada en una catástrofe'', y de Wells que en su "Esquema de la Historia Universal'' afirma que "De todos los Imperios, éste fué el más ignorante, el más desprovisto de imaginación. No supo prever nada... Organización de un valor más que dudoso... Imperio sin alma''.

Para nosotros, la romanización del mundo antiguo fué un hecho consumado, innegable y estimamos que para no exagerar su alcance y juzgar la naturaleza y la cuantía de su legado a la humanidad, precisa analizar, sin pasión pero también sin el pertinaz prejuicio que envenena comunmente la crítica de lo romano, los caracteres peculiares del genio y la cultura latinas.

El romano fué siempre, a través de su historia, un hombre de acción. Voluntad, energía, habilidad, perseverancia, son sus cualidades morales más sobresalientes, que unidas a sus facultades jurídicas excepcionales y a sus aptitudes administrativas, le permitieron crear la organización política y social más importante de la antigüedad.

En lo intelectual, su principal facultad fué el poder de asimilación que le hace apoderarse de todo lo útil a sus designios y sacar provecho hasta de los conocimientos más desinteresados en su principio. Pero este poder de asimilación no es indiscriminado, sino que aparece acompañado de un cierto criterio de selección. Así, de los pueblos y de las culturas con que entra en contacto, Roma asimila sólo lo que está de acuerdo con su propio genio, gracias a lo cual, pese a su evolución rápida y pujante, conservó su propia identidad, se mantuvo fiel a sus esencias. Por esta facultad eminente pudo ser la discípula de la Grecia vencida y dejarse conquistar por su cultura superior, haciéndose permeable a todo lo que el helenismo había creado y no era ajeno a su propio carácter. Fué por ella también que el intelecto tosco, rudo, labriego, del latino de los primeros tiempos, se transformó en la inteligencia ágil y universalizadora del romano clásico, capaz de cumplir la profecía virgiliana: "Tu regere imperio populos, Romano, momento" (Acuérdate, Romano, que tú gobernarás los pueblos con tu imperio).

Fué el poder asimilatriz de Roma el que le permitió aprovecharse de lo mejor de las naciones bajo su dominio, ya fueran dioses, hombres o ideas, y suavizar el yugo imperial con una tolerancia y una adaptabilidad singulares. Basta recordar que hasta algunos de sus emperadores procedían de provincias —Trajano era español, Severo, númida—, y que el Panteón romano dió hospitalidad a los dioses y a los cultos más lejanos y disímiles, lo que si, por una parte, desnaturalizó la primitiva religión grecolatina abriendo ampliamente las puertas al escepticismo y hasta a la más grosera superstición, también abonó el terreno a la expansión y al triunfo final del Cristianismo.

El romano está dotado de un espíritu positivo. Le falta imaginación poética, plástica y metafísica. Tiene una preocupación

constante por lo útil y su desdén por la fantasía desbordada es tan claro y patente como su temor a la excesiva novedad. De aquí que su ingenio se aplique preferentemente a sectores de naturaleza práctica, tales como la Administración, las Comunicaciones y el Comercio, la Agricultura, la Ingeniería y la Construcción, en los que los aportes del pueblo romano a la civilización se han considerado siempre indiscutibles. De aquí también que, en lo intelectual, su creación definitiva haya sido la Ciencia del Derecho, en el que su genio jurídico, presente en todas las manifestaciones de su vida, le lleva a "confundir el interés particular con el interés público para salvarse o perecer con la patria" (P. Argüelles). Todas sus creaciones fundamentales evidencian su estricta disciplina, su patriotismo y su abnegación en el servicio público, y aún cuando cultiva la literatura y las artes, en las que Etruria primero y Grecia después y principalmente fueron sus maestras, produce, por lo común, obras de interés para la vida, descollando, por ello, de un modo especial, en la Elocuencia, en la Historia y en la Sátira. El historiador Tácito, uno de los escritores más finos y penetrantes de la literatura latina, lo expresó claramente al afirmar que "ad utilitatem vitae, omnia consilia factaque dirigenda sunt" es decir que "todos los pensamientos y todos los hechos deben ser provechosos para la vida".

Son estas características, fundamentalmente, las que hacen del pueblo romano un pueblo civilizador, cuando, a partir del siglo I. A. C., llega a su plena madurez cultural y tiene ya una definida personalidad histórica. Los elementos de su civilización los ha tomado, lo que no constituye una excepción, de todos los demás pueblos. En lo intelectual, Roma lo ha tomado todo de Grecia y es la fusión de esos dos espíritus inmensos y disímiles lo que da la tónica de la cultura que ha heredado el Occidente. Porque mientras el griego posee un espíritu especulativo, lúdico, que se recrea con el juego de las ideas, el romano tiene un espíritu pragmático, didáctico, jurídico, amante de la disciplina y el orden. El griego se complace en el buen uso del "otium"; el romano pone todo su interés en el "negotium", en el ejercicio de la voluntad en la acción. El griego se salva por el pensa-

miento; el romano, por su sentido práctico. Grecia ensaya y crea; Roma ordena, fija y transmite.

"La misión y la obra de Roma fué la transformación de la cultura griega en una sustancia apta para su uso universal", ha dicho Mackail. Es cierto, porque Roma —como hemos afirmado— asimila y transmite; pero con ser esto mucho, no lo es todo. Por su actitud crítica, el espíritu romano es también constructivo y creador. La originalidad latina no hay que buscarla en los elementos de su cultura, sino en el uso que hicieron de ella los romanos. Por eso la cultura griega adquiere en Roma acentos que sólo esporádicamente tuvo en Grecia. Hay en toda ella una preocupación humanista de tan alta calidad que se ha dicho, con razón, que la ciencia, la moral, el arte, la justicia y todo lo que integra los valores vitales de la cultura para el hombre moderno, deben su vitalización más a Roma que a Grecia. Los orígenes del humanismo están, sin duda alguna, en la Hélade. Fué el genio griego el que creó el concepto de la unidad de la humanidad; pero sus realizaciones hay que buscarlas en Roma, que da sustancia al concepto traduciéndolo en un sistema de vida organizado y haciendo del estudio del hombre el objeto preferente de su actividad intelectual.

Para comprobar esto último, merece la pena echar una ojeada sobre algunos de los aspectos más sobresalientes de la cultura latina. Por su innata repugnancia hacia la especulación abstracta, de las tres direcciones principales que comprendió la filosofía entre los griegos, a saber, Dialéctica, Metafísica y Etica, el romano se desentiende de las dos primeras y muestra una marcada preferencia por la última, que se avenía bien con su tradicional preocupación por la moral. Pero su interés no está en hallar una teoría ética fundamental, sino en encontrar una "norma vital" para regir la conducta y establecer un tipo ideal de carácter. A esto se debe el que la doctrina estoica haya contado con tan gran número de adeptos en Roma, ya que sus postulados se compadecían mejor que los de ninguna otra escuela con las virtudes cardinales de la moral latina. En lo que a la ciencia se refiere, tampoco se dedicaron los romanos a la especulación científica pura; no les interesan los principios ni la investigación de las

causas. Sólo en ocasiones llegan a ser buenos expositores de los sistemas y métodos de las ciencias griegas y orientales. Las Matemáticas y la Astronomía no contaron con buenos cultivadores entre ellos y el mundo de la naturaleza no les interesa, por lo común, en sí mismo, sino por sus "aplicaciones" y por sus relaciones con el hombre. Plinio el Viejo llegó a afirmar que la naturaleza sirve al hombre. De ahí que tuvieran buenos médicos y agrónomos. "La ciencia no debe al genio romano una idea ni un método" (A. Grenier). En cuanto a la literatura, toda ella presenta en su conjunto y especialmente en la Historia, en la Comedia, en la Sátira y en la Lírica, el más completo cuadro de las virtudes y de las flaquezas humanas, con tan finos matices en la pintura de caracteres y con un análisis tan profundo de los sentimientos, las pasiones y la conducta de los hombres, que sólo un pueblo como el romano, que poseyó en tal grado el don y el gusto de la observación moral, pudo legarnos tan inapreciable tesoro de Humanidades.

La cultura romana se implantó en todos aquellos territorios del Imperio que tenían un nivel de civilización inferior. La penetración de la influencia romana no podía ser la misma en las regiones tan heterogéneas que formaron la Romania. Puede así afirmarse que Roma educó a la Europa bárbara y difundió la civilización en Occidente, en tanto que Grecia y el Oriente helenizado resistieron por su cultura superior. En este aspecto Roma recibió de ellos mucho más de lo que aportó y podríamos agregar que lo pagó a un alto precio, al contaminarse del lujo, los vicios y la molicie orientales, que tanto contribuyeron a minar las bases del Imperio.

Las ruinas de los foros, templos, acueductos, termas, teatros, etc., permiten hoy día apreciar lo mismo en la Galia, en España y en el norte de Africa que en otras regiones más apartadas de Italia, hasta qué punto floreció en todo el Imperio la civilización romana por el alto nivel de urbanización logrado y por la difusión de sus artes y de sus costumbres en las colonias.

No ha dejado de objetarse, sin embargo, que en muchas de esas regiones —España y la Galia principalmente—, la dominación romana "mató para siempre almas colectivas, ahogó en

germen civilizaciones originales que iban a elaborarse" (V. Chapot). Discutir este asunto es entrar de lleno en el terreno de lo conjetural, siempre peligroso, y mucho más cuando de la historia se trata. Pero, cabría preguntarse ¿cómo hubieran podido resistir el fuerte empuje de las invasiones bárbaras esas incipientes culturas, cuando aún el poderoso Imperio Romano acabó sucumbiendo a él?

El Imperio, en efecto, que se había mantenido por la fuerza, sucumbió a la fuerza también; pero, cuando ello ocurrió, ya había cumplido su ciclo histórico, ya había Roma realizado su misión civilizadora, transmitiendo su legado a la cultura de Occidente.

La amplitud de este legado es tal que exigiría tratar por separado cada una de sus manifestaciones principales como el Derecho, la Arquitectura, las artes, etc. Por una doble vía ha llegado a nosotros. La primera, la vía natural y directa, es el cauce de la Edad Media, a través de la cual la herencia romana se va transmitiendo de pueblo a pueblo y de generación a generación por tradiciones, leyendas, usos y costumbres, en todo el Occidente de Europa y en parte del Oriente. Los pueblos hacen uso de ella, la reelaboran y modifican al extremo de que en algunos aspectos llega a parecer distinta al contrastarla con la original.

La segunda vía de transmisión, más visible si bien más artificial, comienza a manifestarse principalmente en el Renacimiento cuando con el estudio de la literatura clásica, la arqueología, las excavaciones, las investigaciones eruditas, etc., se saca a la luz una gran parte del legado cultural de Roma que hasta entonces había permanecido oculto.

En cuanto a su alcance, la parte del legado transmitida por la primera vía, mezclada con la vida, beneficia a todos; la segunda, más desvitalizada, sólo favorece a las clases cultas.

Tal vez el sector de la herencia romana en que con mayor claridad puede apreciarse la existencia de esta doble vía de transmisión, la directa y la erudita, es la lengua, cuya evolución tiene una especial importancia para nosotros.

La lengua latina está estrechamente ligada en su desarrollo histórico, su extensión y crecimiento a la vida política del pueblo romano. Pero, en Roma, es necesario distinguir desde el principio

la lengua hablada y la lengua escrita por las gentes cultas y entre ambas y la lengua vulgar. La lengua escrita o literaria es la de las obras maestras de la literatura latina y fué siempre de carácter erudito. La lengua familiar se distinguía de ella sólo por su mayor libertad. El latín vulgar, en cambio, sí difiere de ambas notablemente por su vocabulario, su sintaxis, sus giros exclusivos y por su evolución independiente. Durante la época imperial, la lengua literaria lucha con la vulgar, que trata de invadirla. Se defendió bravamente mientras el Imperio se mantuvo pujante y fué Roma no sólo el centro político de él, sino también el cultural; pero, al perder Roma la hegemonía intelectual y debilitarse la cultura, proceso que comienza hacia mediados del siglo III y se desarrolla de modo especial en el V, al ser destruídas las escuelas por las sucesivas invasiones bárbaras, se acentúa la decadencia del latín culto. No murió, sin embargo, porque adoptado por el Cristianismo en Occidente, como lengua de sus Escrituras, de su ritual y de sus libros de edificación y propaganda, va a atravesar toda la Edad Media transformándose, al perder su pureza clásica, en el llamado "bajo latín". El nacimiento de las universidades en el siglo XII favorece aún más su predominio como lengua de la cultura, que ha de conservar hasta fines del siglo XVII. Toda obra de erudición, sea de filosofía, de ciencias naturales, de teología, etc., se escribe en latín durante todos esos siglos y aún hoy día, no sólo se mantiene como lengua de la Iglesia Católica, sino también como vehículo de intercomunicación en muchas ramas de la ciencia moderna.

Entre tanto, tras la caída del Imperio, el latín vulgar, verdadera "lingua franca", va evolucionando según las influencias que recibe en las antiguas provincias romanas, originando las lenguas románicas o neolatinas. La herencia lingüística así transmitida en forma directa, por la vía natural, no puede ser más rica. La mitad de las naciones del mundo civilizado se expresan en lenguas que proceden del modesto dialecto del Lacio y, aunque han adoptado formas muy diversas en el transcurso de los siglos, conservan todas su identidad esencial. Fácilmente puede verse el parentesco de lenguas como la francesa, la española, la italiana, la portuguesa, etc., para no citar más que algunas de las más

importantes lenguas literarias de nuestros días, porque todas ellas, lenguas filiales, han ido bordando sus diferencias y matices peculiares sobre el resistente cañamazo del latín vulgar.

Así vemos nosotros, en conjunto, el papel que jugó Roma en la historia de la civilización; pero me parece interesante rematar esta lección con algunos de los numerosos testimonios antiguos que muestran el entusiasmo que la obra de romanización del mundo despertó en muchos espíritus. He escogido a este fin los de un italiano, un griego y un galo que representan asimismo tres momentos diversos de la historia del Imperio.

El primero, el de Plinio el Viejo, que vivió en el siglo I de nuestra era, aparece en su descripción de Italia: "Hablo de un país —dice— que es el regazo nutricio y la madre de todos los países, elegido por los dioses para unir a los reinos separados, dulcificar las costumbres, fundir en una lengua común las lenguas de muchos pueblos poco cultivados, enseñar a los hombres la cultura y la sociabilidad y, en suma, para llegar a ser la patria de todos los pueblos de la tierra".

El segundo procede del retórico griego Arístides, que floreció en el siglo II, durante el reinado de los Antoninos y que exalta a Roma en un panegírico, del que escogemos este fragmento: "...Las ciudades del imperio irradian por doquier gracia y belleza y toda la tierra se halla adornada como un jardín. Los únicos hombres dignos de lástima son los que viven fuera de los dominios del imperio romano, suponiendo que tales hombres existan. Los romanos han hecho de la tierra la patria de todos. El heleno y el bárbaro pueden moverse libremente de un lado para otro como de una a otra patria... pues para andar seguro por el mundo basta con ser romano. Los romanos han convertido en realidad la frase de Homero de que la tierra es común a todos. Han medido todo el cosmos habitado... y han puesto orden en el mundo mediante la costumbre y la ley".

El tercero de los testimonios es del galo Rutilio Namaciano, último poeta de la literatura latina pagana, que en el año 417, cuando ya los bárbaros tocaban a todas las puertas del Imperio, la víspera misma de las terribles invasiones que habían de acumular las ruinas y de poner fin a la "paz romana", se despide

de Roma con uno de los más exaltados elogios que esta ciudad haya inspirado: "Escúchame, reina magnífica del mundo sometido a tus leyes, Roma, que ocupas un lugar entre las divinidades del cielo... Tú has dado a los más diversos pueblos una patria común; bajo tu dominio los malos han ganado con su derrota... Tú has permitido a los pueblos vencidos participar de tu civilización y has hecho una ciudad de lo que antes era el universo... Los astros en su eterno movimiento nunca han visto un Imperio más hermoso".

BIBLIOGRAFIA

Argüelles, P., "Historia de la Civilización Romana". México, Editorial Cultura, 1934.

Bailey, Cyril, "El Legado de Roma"; publicado por la Universidad de Oxford. Traducido del inglés por A. J. Dorta. Madrid, Ediciones Pegaso, 1944.

Chapot, Víctor, "El Mundo Romano". Colección "La Evolución de la Humanidad", vol. XXII. Barcelona, Editorial Cervantes, 1928.

Grenier, Alberto, "El genio romano en la religión, en el pensamiento y en el arte". Colección "La Evolución de la Humanidad", vol. XVII. Barcelona, Editorial Cervantes, 1927.

DISCUSION

DR. MAÑACH: ¿Desea hacer alguna pregunta u observación a la doctora Antuña, Dr. Iñiguez? A mí se me pasó antes ofrecerle a ella esa misma oportunidad respecto de usted.

DR. IÑIGUEZ: ¿Quisiera usted, compañera Antuña, aclararme el concepto de la obra romana en las monarquías helenísticas, los pueblos que habían seguido la civilización de los helenos y la obra romana en los pueblos atrasados del globo en ese momento histórico?

DRA. ANTUÑA: En la Hélade, es decir en Grecia, y en las monarquías orientales helenizadas, es decir, en ese período helenístico (porque helenístico es al fin y al cabo la unión de lo oriental con lo griego), Roma se puede decir que salva lo que quedaba de la cultura griega. La cultura griega se había ido modificando y en muchos aspectos se había ido degenerando también. Probablemente, si Roma no hubiera establecido su Gobierno allí, las luchas intestinas que existían entre esas distintas Repúblicas, vamos a llamarlas así, y en las mismas ciudades griegas, hubieran dado al traste probablemente con la cultura griega. En lo que res-

pecta a la región occidental, donde realmente la cultura romana se hace más evidente, la función de Roma fué una función civilizadora, educadora. Es como si Roma hubiera trasplantado la cultura griega a Italia, la hubiera asimilado primero ella, y después la hubiera trasladado a todos los demás países. Eso se ve no solamente en el aspecto material, sino también en el aspecto espiritual, porque cuando uno se encuentra con las ruinas de un teatro, con las ruinas de unas termas o de un acueducto, sabe perfectamente que todo eso respondía también a costumbres y a usos muy superiores a los que aquellos pueblos tenían antes de la conquista romana.

SRTA. ANGELA GRAU: Estamos acostumbrados siempre a mirar a Roma como una cosa que ha quedado en la Historia no realizada; entonces, cuando pensamos en Roma, le adjudicamos una serie de caracteres esenciales, pero usted se refiere en su conferencia a que Roma, al asimilar la cultura griega, había hecho una selección que venía de acuerdo con sus esencias. Entonces, ¿cuáles eran esas esencias en ese momento?

DRA. ANTUÑA: Bueno, no fué exactamente de acuerdo con sus esencias, sino de acuerdo con su carácter. La distinción es sutil, pero me interesa mucho hacerla. Siempre el romano, como he dicho en mi trabajo, se manifestó en la Historia como un hombre de acción. No quiere decir eso que en Roma no hubiera también espíritus, que se dan en todas las culturas, capaces de abstraer y capaces de la especulación filosófica, pero en general eso no fué lo característico en Roma; lo característico del romano fué el ejercicio de la voluntad en la acción. Es decir, el hombre que se dedica a conquistar al mundo, que se dedica a conquistar la tierra, que la coloniza, etc., siempre una finalidad práctica. Cuando ese hombre se pone en contacto con la cultura griega, asimila esa cultura en lo que ella pueda estar de acuerdo con su criterio de la utilidad. En la filosofía, no hay duda de ninguna clase. Cicerón, por ejemplo, es un expositor de la filosofía griega. Es más, hay que agradecerle que, en muchos aspectos, él nos haya informado de cosas de la filosofía griega que de otra manera desconoceríamos. Pero es un informador, no es un creador. Cuando los romanos se preocupan por la ética, tampoco crean; la abstracción filosófica estaba fuera de sus posibilidades, pero se preocupan de la ética, porque piensan que puede señalarles una norma para la vida, que es lo que ellos necesitan y quieren. El romano primitivo, es decir, el romano tradicional, desde los primeros tiempos, siempre ha tenido normas morales, no hay más que recordar la gran cantidad de sentencias y aforismos que se conservan de Roma, desde los tiempos más remotos, desde la época misma de Atio Claudio el Ciego, que siempre tienen una finalidad para la vida práctica, pero sobre todo para la moral. Es decir, tratan ellos de robustecer en sí mismos la energía, el vigor, la buena conducta, etc., a través de esas máximas morales. ¿Está satisfecha?

SRTA. ANA ARROYO: Para abundar en lo mismo, a mí me parecía, Vicentina, y perdona que te hable así, que precisamente ese genio práctico,

ese talento, tan llevado siempre a la acción, se ve de una manera muy clara (me parece a mí, y te lo pregunto para corroborarlo), en las artes aplicadas. El griego no se dió a ellas, porque precisamente era un talento de ese otro tipo tan diferente; pero en esas cosas de utilidad los romanos crearon un mundo nuevo de artes aplicadas.

DRA. ANTUÑA: Me parece muy bien, y no puedo decir una palabra más, porque en eso Anita Arroyo es la especialista, y yo no conozco mucho.

DR. MAÑACH: Se ha hecho muy a menudo la comparación, doctora, entre los griegos y los franceses de una parte, y los romanos y los norteamericanos de la otra. Aparte de todo lo que tienen de forzado estas comparaciones históricas, ¿usted cree que esa es aproximadamente correcta?

DRA. ANTUÑA: Yo creo que sí.

DR. SARDIÑAS: Dra. Antuña, para hacerle mi pregunta, tengo que permitirme, y le ruego que usted me dispense esta licencia, que usted acepte los dos postulados siguientes: el primero, que la concepción que del mundo se hace el hombre, viene condicionada por su circunstancia histórica y por su sedimentación cultural. Y el segundo, que en la circunstancia histórica actual, hay influencias tanto griegas como romanas. Si esos dos postulados se aceptan, mi pregunta es ésta: En la ciencia del hombre occidental de hoy, ¿qué influencia predomina más, comparándolas la una con la otra, la griega o la romana?

DRA. ANTUÑA: Bueno, a mí no me cabe la menor duda de que predomina mucho más la romana que la griega. Es decir, yo no tengo la menor duda de que las bases principales de la cultura occidental son romanas. Son griegas en ciertos aspectos, pero en la mayor parte de ellos son romanas. En el orden de la vida material, nosotros, desde luego, hemos heredado mucho más de los romanos que de los griegos, y en el aspecto de la cultura, por ejemplo, en la misma moral, estamos tal vez mucho más cerca de los romanos que de los griegos. Ahora sin duda alguna, en los principios de la ciencia, y en la misma filosofía, —yo me estoy metiendo aquí en honduras estando el doctor Mañach presente, pero lo siento mucho— en el aspecto doctrinal, claro, debemos muchísimo más a los griegos que a los romanos; de eso no hay duda tampoco.

SR. FRANCHI ALFARO: Dra., aquí se ha hablado de la cultura romana y la cultura griega. Brevemente; ¿podría usted hacer un paralelo entre ambas culturas y la importancia superior que haya alcanzado una sobre otra?

DR. MAÑACH: La pregunta es un poquito ambiciosa para el poco tiempo que nos queda. Requiere una disertación muy extensa.

DRA. ANTUÑA: Yo creo que yo he dicho algo de eso a través de mi trabajo. Desde luego, en estas píldoras concentradas que tienen que ser estas conferencias de la Universidad del Aire. He dicho que Roma tomó en el aspecto cultural todos sus elementos de Grecia, pero que los asimiló dándoles un acento distinto.

SR. FRANCHI ALFARO: Dra., yo no quisiera que mi pregunta llegue a ser ambiciosa también, pero como quiera que el doctor Iñiguez se refirió a las causas que dieron lugar a la decadencia de los romanos en los tres aspectos que él apuntaba, el económico, el político y el territorio, yo quisiera saber si usted tendría la amabalidad de apuntarlos también, puesto que sabemos que Roma también tuvo una gran decadencia en el aspecto cultura, cosa que en la actualidad se apunta bastante.

.DRA. ANTUÑA: Bueno, así, eso es indudable. Cuando el Imperio cae, se puede decir que cae más por sus efectos internos que por los mismos bárbaros. Contribuyó muchísimo a la caída del Imperio, el relajamiento de las costumbres, que como yo decía en mi trabajo, provino casi exclusivamente del contacto de Roma con el Oriente. Contribuyó también el mismo escepticismo que creó en Roma la filosofía y la desnaturalización de la religión romana con la aceptación de cultos orientales y de que no se avenían bien con el carácter de la región romana, y al estar, naturalmente, en contradicción, pues se tenía que crear el escepticismo entre las clases populares. Todas esas son causas y otras muchas que, desde luego, no tengo tiempo de exponer.

UNIVERSIDAD DEL AIRE

QUINTO CURSO:

OCTUBRE 1950 A NOVIEMBRE 1951
"LA HUELLA DE LOS SIGLOS"

PROGRAMA DE LAS PROXIMAS CONFERENCIAS

X **Dic. 3**	a) Pensamiento y derecho en Roma. b) Roma constructora.
XI **Dic. 10**	a) La llama de Nazaret. b) El ocaso del mundo antiguo.
XII **Dic. 17**	a) Los Padres de la Iglesia. b) Agustín el Converso.
XIII **Dic. 24**	a) Las grandes invasiones bárbaras. b) Noche sobre el mundo.
XIV **Dic. 31**	a) La luz de la Iglesia. b) Carlomagno y el mundo feudal.
XV **Enero 7**	a) Mahoma, voz del desierto. b) El puente árabe y Córdoba.
XVI **Enero 14**	a) Las Cruzadas y el orden caballeresco. b) El Gótico y la cultura medieval.
XVII **Enero 21**	a) Tomás el Aquinate. b) Dante Alighieri.
XVIII **Enero 28**	a) El Imperio de Gengis Kan. b) Turcos y Mongoles.
XIX **Febrero 4**	a) El Renacimiento y las ciudades italianas. b) El molde de Leonardo.
XX **Febrero 11**	a) Humanistas y Arqueólogos. b) Los tamaños heróicos en el arte.
XXI **Febrero 18**	a) Exploradores y aventureros. b) Los grandes inventos. La imprenta.
XXII **Febrero 25**	a) España y la Reconquista. b) Colón y el Mundo Nuevo.
XXIII **Marzo 4**	a) La historia de Giordano Bruno. b) De Copérnico a Galileo.
XXIV **Marzo 11**	a) Maquiavelo y los Utopistas. b) El amanecer de la Ciencia física.
XXV **Marzo 18**	a) La formación de los Estados modernos. b) La burguesía y los banqueros.
XXVI **Marzo 25**	a) Lutero y la lucha de la Reforma. b) Carlos V y la Contra-Reforma. Loyola.

XXVII **Abril 1**	a) La España del Siglo de Oro. b) La Conquista de América.
XXVIII **Abril 8**	a) Cervantes y su España. b) Shakespeare y la época isabelina.
XXIX **Abril 15**	a) Francisco Bacon y la experiencia. b) Descartes: el descubrimiento de la mente moderna.
XXX **Abril 22**	a) Las rivalidades imperiales. b) El Derecho de Gentes.
XXXI **Abril 29**	a) Los clásicos de la literatura francesa. b) El Barroco.
XXXII **Mayo 6**	a) El Siglo del Rey Sol. b) Hapsburgos y Borbones en España.
XXXIII **Mayo 13**	a) Isaac Newton y la ciencia nueva. b) El imperio de la Razón.
XXXIV **Mayo 20**	a) Aurora del liberalismo en Inglaterra. b) La Revolución de las colonias inglesas.
XXXV **Mayo 27**	a) Voltaire y Montesquieu. b) El sembrador Rousseau.
XXXVI **Junio 3**	a) La Revolución Francesa. b) Napoleón, el corso genial.
XXXVII **Junio 10**	a) España decapitada. b) Bolívar y la independencia iberoamericana.
XXXVIII **Junio 17**	a) La Revolución industrial. b) El romanticismo.
XXXIX **Junio 24**	a) La gran música preromántica. b) Kant: el viejito de Koenigsberg.
XL **Julio 1**	a) Dos grandes sordos: Beethoven y Goya. b) El imperio de Goethe.
XLI **Julio 8**	a) Bryon y Walter Scott. b) Balzac y Víctor Hugo.
XLII **Julio 15**	a) Waterloo y la Santa Alianza. b) Doctrina de Monroe y el "Destino Manifiesto".
XLIII **Julio 22**	a) La prosperidad de las ciencias. b) El Positivismo.
XLIV **Julio 29**	a) Los movimientos del 48. b) El Manifiesto Comunista.
XLV **Agosto 5**	a) Darwin y los rumbos del pensamiento. b) El evolucionismo y Spencer.
XLVI **Agosto 12**	a) El genio de Wagner. b) Nietzsche y el vitalismo.
XLVII **Agosto 19**	a) La Guerra Civil de los Estados Unidos. b) El proceso de Hispano-América.
XLVIII **Agosto 26**	a) Prusia y Bismarck. b) La Rusia de los Zares.
XLIX **Sept. 2**	a) Africa y la expansión imperial. b) La India y el Japón.
L **Sept. 9**	a) Pasteur y su tiempo. b) La crisis filosófica. Bergson. James.

LI Sept. 16	a)	El genio de Dostoyewski.
	b)	El genio de Galdós.
LII Sept. 23	a)	El "fin de siecle" y su literatura.
	b)	Rubén Darío y el Modernismo.
LIII Sept. 30	a)	Martí y la guerra hispanoamericana.
	b)	La Guerra boer.
LIV Octubre 7	a)	Ambiente del Siglo nuevo.
	b)	El mundo de la técnica.
LV Octubre 14	a)	El capital en el mundo moderno.
	b)	La organización de los trabajadores.
LVI Octubre 21	a)	La guerra ruso-japonesa.
	b)	El ascenso de los Estados Unidos.
LVII Octubre 28	a)	La paz armada en Europa.
	b)	La primera Guerra Mundial.
LVIII Nov 4	a)	El sueño de Wilson.
	b)	La Revolución rusa.
LIX Nov. 11	a)	Freud y la nueva Psicología.
	b)	Picasso y la revolución en las artes.
LX Nov. 18	a)	Ambiente de lap rimera post-guerra.
	b)	Las derechas extremas. Mussolini y Hitler.
LXI Nov. 25	a)	El caso Roosevelt.
	b)	La Segunda Guerra Mundial.
LXII Dic. 2	a)	Estela de la Segunda Guerra Mundial.
	b)	Ante la Era Atómica.



Distribución exclusiva:
OSCAR A. MADIEDO
O'Reilly 407
La Habana.